

Brāhmācharin Bodhabhikshu

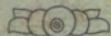
(J. C. Chatterji)



La filosofía esotérica
de la India

Traducción y Prólogo de

B. CHAMPSAUR SICILIA



Imp. de sucesor de M. Curbelo

San Agustín 47.—Laguna de Tenerife

1915

Fallo Pérez y G. Pérez



LA FILOSOFÍA ESOTÉRICA
DE LA INDIA



1 (34) (46.851)
Brāhmācharin Bodhabhikshu

(J. C. Chatterji)

TCA
SAL

133(34)

La filosofía esotérica de la India

Traducción y prólogo de

B. CHAMPSAUR SICILIA



R. Imp. de Sucesor de M. Curbelo

San Agustín 47.—Laguna de Tenerife

1914



PRÓLOGO

BIBLIOTECA PARTICULAR DE
PABLO PÉREZ Y
G. A.

¿QUIÉN que haya leído *Sakuntala* del incomparable Kalidasa o el gran poema épico *Ramayana* del inmortal Valmiki, no tiene la visión de un país maravilloso cubierto de espesos junglares, de bosques de bambúes, de plantas y flores que exhalan perfumes violentos, país del sagrado Ganges, de la ciudad santa de Benares, de Brahma, de los Vedas y de Sakia Muni? La India tiene el encanto de las cosas grandes desvanecidas para siempre. Ningún otro pueblo llevó tan alto la espiritualidad desinteresada de la vida de los hombres. Se hundió su pensamiento en las profundidades de lo infinito y en su seno olvidó la realidad mezquina que compromete las almas sedientas de eternidad. Una dulzura inagotable llena el corazón de la mujer y hasta de sus grandes héroes. Ardjuna se conmueve de tal modo ante la visión de las vidas segadas por el odio guerrero, que está a punto de abandonar el campo de batalla. Preciso es que un dios, Krichna, le exponga todo un sistema de filosofía para que emprenda la lucha y obtenga el triunfo. Todas las formas y todas las existencias no son más que sombras vanas que no merecen ni siquiera compasión. Sólo permanece el Ser absoluto y la participación del ser absoluto que lleva cada alma dentro de sí misma. La guerra, la paz, la vida y la muerte, todo es lo mismo,

ilusión y engaño. Sí, la India tiene para nosotros un encanto irresistible, en ese Oriente maravilloso de sublimes idealidades que han redimido al hombre aún en medio de sus grandes caídas.

El primitivo pueblo ario vivía al norte del Himalaya, apacentando sus ganados en extensas llanuras cálidas, dividido en numerosas tribus independientes, organizado por sencillas y no pocas veces duras costumbres tradicionales. No conocía la agricultura, ni las casas de piedra, ni los metales, ni más vestidos que un mandil de cuero, ni más arma que el hacha y el cuchillo de piedra y el palo con la punta endurecida al fuego. El culto del hogar siempre encendido fué común entre todos los grupos. Los ritos en honor de los antepasados los celebraba únicamente el padre ó el primogénito, hallándose excluidas las mujeres de estas sagradas ceremonias. No existían entonces las castas que tanto degradaron después a los arios conquistadores de la India. Era, pues, un pueblo inculto, completamente atrasado, y hasta inepto para sacar partido de las cosas reales de la naturaleza. Mientras el semita en Babilonia y Nínive construía inmensas ciudades de ladrillo, espléndidos palacios, templos maravillosos, canales y jardines en una llanura casi desierta, observatorios, máquinas y esfinges colosales, el pobre ario, tras el inmenso valladar del Himalaya, seguía á su ganado casi desnudo, sin más abrigo que chozas de madera cubiertas de ramas, ni más diversión en el descanso que la bebida y el juego llevados hasta la pasión más desbordada. Y, sin embargo, este pobre ario había de ser con el tiempo el conquistador intelectual del mundo, porque llevaba en su cerebro el germen de la investigación fecunda del enlace misterioso de los efectos con sus causas desconocidas, del instinto de husmear la lógica de la naturaleza para enriquecer y ampliar la vida de los hombres sobre el planeta. Este pobre ario

creó á Brahma, creó la trimurti, los Vedas, el Darma-Sastra, los grandes poemas épicos de Vyasa y de Valmiki, Sakúntala, Vikramorvasi, el santo Sakia-Muní, y, luego, después de su gran emigración hacia Occidente, creó el arte, la literatura, la filosofía, el derecho y la ciencia europea, desde la antigua Grecia y la antigua Roma hasta el admirable progreso de nuestros días. El semita se estancó.

Llegó, al fin, el tiempo de emigrar, seguramente por un aumento excesivo de población que hacía imposible la vida de innumerables ganados en una tierra ya ocupada en su totalidad. Numerosas tribus se dirigieron hacia el occidente al comenzar la primavera (Ihernig), y otras descendieron hacia el sudeste invadiendo el país de los siete ríos, la India maravillosa. Después de una lucha de muchos años contra los habitantes de esta inmensa región, Mundas y Drávidas, se establecieron definitivamente como vencedores desde el Indus al Ganges, hasta hacerse dueños de toda la península indostánica y la isla de Ceilán. En esta nueva patria se forman, por un trabajo social lento, las cuatro castas características de los indios. Los *chatrias* o guerreros formaron al principio la clase más elevada por haber estado en sus manos el triunfo de la conquista; pero más tarde los *brahmanes* ó sacerdotes lograron ocupar el primer puesto, ayudados, sin duda, por el espíritu religioso del pueblo conquistador. Luego, se formó la casta de los *vaisias* formada por agricultores y comerciantes, quedando en la de los *sudras* los que estaban sólo destinados a servir a las tres clases precedentes. Los *parias* eran los que carecían de toda casta, por haber sido expulsados de la suya, siendo los seres más despreciables de la tierra. Sin duda, los *chantalas* que menciona el Darma-Sastra, o Leyes de Manú, no son otros que estos desgraciados parias condenados a vivir fuera de las ciudades, en

sitios solitarios e inmundos. Ese terrible régimen de castas vive todavía entre los indios actuales, más numerosas y agravadas en su inflexibilidad por la acción continua del mismo ambiente social.

El espíritu de meditación trascendente y el desprecio de las realidades de la vida, se intensificaron cada vez más en este suelo de deslumbrante luz y de perfumes embriagadores. La religión se condensó, primero en himnos sagrados, sencillos y puros como las almas que los elevaron a los dioses. Y nació el *Rig-Veda*, el libro santo más antiguo, y, como los otros tres, íntegramente revelado por el Ser absoluto, Señor del Universo. Está compuesto de 1.028 himnos con 10.402 a 10.622 versos. En él no se hace mención de la metempsícosis y sólo se habla de Bráhma (neutro) en el sentido de oración o de plegaria, pues sólo posteriormente aparece el nombre de Brahma (masculino) en el sentido de poder y de fuerza personal. Los tres libros restantes son: el *Yagur-Veda*, el *Sama-Veda* y el *Atharva-Veda*. La religión de los indos está contenida toda ella en estos sagrados libros y en los que más tarde se escribieron para aclararlos y explicarlos, como los *brahmanas*, los *sutras* y los *puranas*.

Y la filosofía arrancó de este filón sagrado en el que tanto ahondaron los gimnosofistas y los grandes filósofos indos. Ya en el *Rig-Veda* hay un himno titulado *El alma suprema* que inicia el espíritu metafísico de aquella rama singular del pueblo ario. «Entonces, dice, nada existía: ni el ser, ni la nada, ni mundo, ni cielo, ni éter. ¿Dónde estaba, pues, la envoltura de todas las cosas, el receptáculo del agua y el emplazamiento del aire? Entonces, ni muerte, ni inmortalidad, ni día ni noche. Sólo el Ser respiraba sin inspirar, absorbido por su propio pensamiento. Nada había fuera de él. Las tinieblas estaban envueltas en otras tinieblas.... En fin, por la fuerza de su voluntad fué

creado el mundo....» En el *Yagur-Veda* hay también un hermoso pasaje sobre el Ser Supremo, y ya en él se cita a Brahma como dios poderoso que conoce a todos los seres. En las leyes de Manú, (*Darma-Sastra*) se desarrolla una cosmogonía singular en donde se afirma la creencia del día y de la noche de Brahma, periodo de reposo y de actividad que eternamente repite la destrucción y la creación de nuevos mundos en la inmensidad del espacio. La poderosa imaginación del indo está aquí en su verdadero elemento, como se puede ver en las interesantes conferencias que forman el presente libro, dadas por un indio de pura raza, de gran talento y de extensa cultura científica y filosófica.

La filosofía india adquirió un desarrollo extraordinario en numerosos sistemas que llegaban a conclusiones completamente opuestas. Y causa admiración ver en este país de los sueños y de los fantasmas metafísicos desarrollarse una filosofía materialista y atea, a semejanza de la escuela sensualista del siglo XVIII y del materialismo moderno de Moleschot, de Buchner y de Haeckel. Pero el desarrollo de la filosofía india en todos sus sistemas tiene por punto de partida los libros sagrados, los Vedas, objeto constante de aclaraciones e interpretaciones de parte de los brahmanes constituidos en teólogos. La *Mimansa* de Djemini, constituye el primer paso en esta serie de trabajos explicativos de los libros santos, de carácter práctico exclusivamente, y sin el menor asomo de tendencia filosófica. Al contrario, el sistema *Vedanta* de Vyasa, es esencialmente filosófico. Arranca, como todos, de los Vedas; pero va más allá de los textos sagrados y se manifiesta en una filosofía del todo opuesta al materialismo de Kapila, al que combate sin tregua ni descanso. Es un espiritualismo idealista con tendencia al panteísmo, tan caro a los indos.

Para este sistema filosófico existe una Causa primera, inteligente, absoluta e infinita, Brahma, de cuyo seno brotó el universo y a cuyo seno vuelve para desvanecerse hasta una nueva creación. Esta causa se manifiesta en lo vario y múltiple sin dejar de ser uno, «como el sol luminoso, al reflejarse en el agua, se hace diverso y múltiple sin dejar de ser único.» Esta idea la repite el autor de las conferencias que forman este libro, y la confirma con el ejemplo del carbón encendido que forma una circunferencia luminosa girando al rededor de un punto. El Dios del *Vedanta*, como el Dios del *Baghavat-Guita*, es, pues, un Dios único, que no admite a su lado ningún otro poder divino. Pasajes hay en los Vedas que confirman esta concepción monoteísta de la religión y de la filosofía ortodoxa, como intentó desmostrarlo a principios del siglo pasado Ram-Mahum-Roy en su *Vedanta o Solución de todos los Vedas*. Pero como junto a este monoteísmo abstracto había en los Vedas un desarrollo politeísta, reflejo, sin duda, de una creencia aria primitiva, anterior a la emigración, éste adquirió la preponderancia por estar, quizás, más conforme con la exuberante imaginación del pueblo indo.

Así como algunas sectas del *Sankya* de Kapila llegaron a negar el alma humana, sosteniendo que nuestras facultades no son más que el resultado de la organización del cuerpo, la filosofía *Vedanta* afirma la existencia del espíritu, y distingue dos clases de almas: una, individual, emanación del alma suprema, y otra, que está por encima de ella, y dirige todas nuestras acciones conforme a los instintos buenos o malos que le fueron concedidos. De modo que hay una predestinación irremediable para todas las criaturas, muy difícil de armonizar con el sistema de premios y castigos que supone la doctrina de la transmigración de las almas, admitida por el *Vedanta*. Según esta

teoría, las almas sufren numerosas reencarnaciones, elevándose o descendiendo en la escala de la perfección conforme a la conducta observada en cada existencia, como el lector verá en la parte de este libro en que el autor trata de este asunto. Indudablemente, esta larga serie de reencarnaciones es una gran desgracia para las criaturas, sometidas siempre a las tentaciones y al dolor en el camino de la vida. Por esta razón el ideal de todo indio es acortar el número de estas transmigraciones para fundirse en el seno del Ser supremo y convertirse en la sustancia misma de Brahma, última y definitiva liberación del alma humana. Esta tendencia a la absorción es peculiar de toda doctrina mística y de todo sistema contemplativo, desde el *Baghavat-Guita* hasta los místicos alemanes y españoles. Buda convirtió a Brahma en la Nada y la absorción en aniquilamiento, aspiración la más heroica que ha podido concebir la mente humana. La filosofía expuesta por nuestro autor B. Bodhabhikshu tiene, pues, sus raíces en esta filosofía Vedanta tan antigua y tan apreciada en toda la India, bellamente expuesta y adornada con una gran erudición en materia científicas y filosóficas de nuestro tiempo, que es lo que constituye su novedad más saliente.

El *Baghavat-Guita* es la prolongación de este idealismo Vedanta. Lo principal para Krishna, el dios que habla al sensible Ardjuna, es el Ser absoluto, la sustancia única, desposeída de toda clase de atributos, el *Bramhan* neutro de los modernos filósofos indos. Llegar a él debe constituir la única aspiración de los mortales. ¿Pero cómo? Únicamente por la contemplación. Las acciones humanas no nos sirven de nada para este fin. Es preciso suprimirlas o realizarlas de un modo indiferente. Para el que posee al Ser único, lo bueno y lo malo son una misma cosa. Ni siquiera los Vedas tienen importancia. Por encima de

los libros sagrados está la unión con la Causa suprema. De aquí el quietismo, y el desprecio de todo lo mundano propio del yogui, el contemplador inmóvil de la Divinidad en las soledades de la selva, ese extático y asceta que encontraron los soldados de Alejandro con las uñas hundidas en las carnes, suspendida la respiración, de pie, como troncos de árboles reseca- dos por un sol ardiente. Aun vive en la India actual el ideal místico del divino compañero de Ardjuna.

La filosofía *sankya* de Kapila es, como hemos dicho, resueltamente materialista y atea, sin dejar por eso de aceptar la revelación contenida en los Vedas. Como principio universal no hay más que la materia eterna, *moula prakriti*, de la que se derivan todas las cosas, no solamente los cuerpos sino hasta la misma inteligencia, primera creación suya desde que entró en actividad. No hay Dios, por lo tanto, no hay Brahma, ni causa primera creadora del Universo, ni razonamiento alguno que pueda demostrar la existencia de esa causa exterior al mundo. Para Kant sólo se podía dar una sola prueba de la existencia de Dios: la prueba ética. Para Kapila no se puede dar ninguna. A su vez, el alma no es otra cosa que una sustancia etérea que envuelve el cerebro como una llama. Cuando el cuerpo muere, se separa de él sin que se sepa cual es su destino. La sensación es la base de todo conocimiento, como en el sistema de Condillac, y por medio de la inducción nos elevamos á las causas de los fenómenos, causas que, en realidad, no son más que efectos en la serie infinita de la sucesión de las cosas, conforme á los dos principios siguientes: 1.º Lo que no existe no puede, por la operación de ninguna causa, llegar á la existencia; y 2.º La naturaleza de la causa y la del efecto es la misma, y lo que parece causa no es más que efecto. (Cousin *Filosofía oriental*.) De modo que en la naturaleza eterna é infinita no hay más que anteceden-

tes y consiguientes sin que pueda existir nunca lo que llamamos creación.

Es indudable que de este sistema materialista nació el budismo en lo que tiene de doctrina filosófica. No existiendo Causa primera inteligente fuera del mundo, ni siquiera como alma del universo, en sentido panteísta, preciso es que las almas se desvanezcan, al fin, en el seno del vacío absoluto, en el Nirvana liberador de la pesadumbre de las existencias, con todo su séquito de miserias y dolores. Esa rama singular desprendida de la revelación védica tuvo más fortuna que la misma fuente que le dió origen: cuenta hoy con más de trescientos millones de creyentes, extendidos desde Ceilán, por toda el Asia y el Japón. La colección sagrada llamada *Tripitaca* constituye los libros santos de los budistas, cuya fuente primitiva se pierde en la palabra revelada de los venerables Vedas que tantas almas ha modelado en el consuelo de una definitiva liberación en el seno de Brahma.


Cierto que tanto el brahmanismo como el budismo, al penetrar en las muchedumbres, han degenerado en absurdas y ridículas supersticiones que volverán a hacer necesaria una reforma cuando haya llegado al extremo la degradación del espíritu religioso, como ha sucedido en todos los casos de nuevas religiones. La religión védica data de mil quinientos años antes de Jesucristo, y aun vive fuerte y poderosa en el corazón de millones de creyentes. El budismo es del siglo sexto antes de la era cristiana, tuvo su apogeo en la India en tiempo del Rey Azoca, el Constantino de esta religión, y, luego, rechazado de la India por el furor de los brahmanes, vive hoy también robusto y poderoso en multitud de pueblos orientales.

¿Tomó Grecia de la India los sistemas filosóficos que tan espléndidamente se desarrollaron en sus colonias del Asia Menor, en Atenas y en la región meridional

nal de Italia? Muy difícil es resolver este gran problema de la filiación de los conocimientos humanos. Sin ser este lugar para una discusión seria del asunto, yo me inclino a la procedencia india de la filosofía griega. Para mí, los compañeros de Alejandro no llevaron sus ideas filosóficas á los pensadores indos, sino que éstos tenían ya formados sus sistemas desprendidos de la antigua exégesis védica, y que, desde mucho antes, fueron llevados á Grecia por viajeros desconocidos y por sabios que fueron a beberlos en su propia fuente. El desarrollo de la filosofía india debió ser más antiguo y más rápido, quizás, en la maravillosa tierra de los siete rios, porque esta rama del pueblo ario debió de estar ya bien establecida entre el Indo y el Ganges cuando todavía la rama indo-europea debió de andar moviéndose en su lenta y penosa marcha hacia el occidente, o al menos, luchando aún con los pueblos vencidos en su propio país. Del Indu-Kush a Benares la distancia es cortísima comparada con la que separa la misma región de la Grecia, de Germania y de la península Escandinava. Y esto equivale á siglos de diferencia.

Ahora, lector, abre el libro y encontrarás ideas originales, bellas y muy extrañas para nosotros hombres de occidente, envueltas en llamaradas de una imaginación ardiente, ideas de bondad, de amor y de justicia que, no por ser de la India, tienen menos derecho a nuestra consideración y a nuestra sincera alabanza. Pero lo principal es que se conozca en sus líneas generales esa venerable filosofía india que, junto con una espléndida literatura, constituyeron una de las más altas civilizaciones que ha producido el espíritu humano en las antiguas edades.

B. Champsaur Sicilia.



PREFACIO

Del traductor francés

ESTAS conferencias, que no son más que un bosquejo muy sumario de una Filosofía tan antigua y vasta como el mundo, las dió el autor en Bruselas, en Mayo de 1898, en inglés. De las notas que tomé mientras hablaba, está formado el presente libro, que se publica para satisfacer los deseos de la mayor parte de las personas que le oyeron. No puede alcanzar, por lo tanto, la perfección que yo deseara, y de su insuficiencia sólo yo puedo ser responsable.





I



De la constitución del ser humano

EL objeto de las conferencias que esta noche inauguramos no es una disertación oratoria adornada con las galas de la elocuencia, sino sencillamente la investigación de la verdad y, además, dar a conocer con exactitud a las personas estudiosas la venerable filosofía oriental.

Trataremos de comprender con la mayor brevedad posible la Naturaleza del Hombre, el lugar que ocupa en el Universo, qué es este Universo y cual es su origen; en una palabra, el cómo y el por qué de la Vida, y el objeto de su existencia, para poder luego conocer a fondo el principio del Ser.

Pero antes es absolutamente necesario comprender nuestra propia naturaleza. Pronto veremos que fuera de nosotros no conocemos más que el movimiento. La cosa en sí, como la llamaría Kant, está fuera del alcance de nuestros sentidos. Cuando analicemos los objetos que nos rodean veremos que no tienen en sí mismos realidad alguna. Todo cuanto vemos tiene sólo un valor relativo que cambia según la naturaleza de las condiciones. Y esto nos dice que es imposible conocer el Principio de las cosas por medio de los sentidos. Para llegar hasta él es preciso, ante todo, que el Hombre se conozca a sí mismo, como lo han reconocido los filósofos de todos los países. Todos vosotros conocéis el antiguo adagio de Sócrates *Conócete á ti mismo*, que nos recomienda el conocimiento profundo de nuestra propia naturaleza. Y seguramente en el mismo sentido, el gran Maestro, Cristo, decía a sus discípulos que el Reino de Dios estaba en *nosotros mismos*.

La verdad la lleva el hombre en su interior, porque no sólo contiene la correspondencia correlativa de todas las cosas del Universo, sino la misma fuerza Cósmica en toda su integridad. —La fuerza es indivisible. El Principio primero se manifiesta siempre como un todo único; y he aquí la razón por que hasta en un grano de arena encontraréis la *totalidad* de la Energía Cósmica, aunque bajo una forma oscura y latente.

Pero como el grano de arena es algo que está fuera de nosotros, al menos en el sentido vulgar de la palabra, no nos es posible conocer la Naturaleza por el estudio que de él hagamos. —*Sólo una cosa podemos conocer a fondo: nosotros mismos.* Una vez conocido esto, la naturaleza de la Fuerza cósmica se nos revela sin dificultad alguna.

Así queda explicado por qué empezaré este estudio por el análisis de la Naturaleza Humana. Procuraré conducirlos paso a paso hasta el santuario íntimo que está en el corazón de todos. Luego, cuando hayamos comprendido la Naturaleza del Hombre y su modo de existencia en las distintas esferas del Universo, trataremos de comprender el principio mismo del Universo analizando los objetos que percibimos por medio de los sentidos. Luego trataremos de averiguar cómo se originan todas las cosas, o para decirlo en lenguaje teológico, cómo han sido creadas. Y para lograrlo, en vez de adoptar el método alegórico, tan caro a los teólogos, procederemos lo más científicamente posible.

Estudiaremos, por último, las posibilidades del espíritu humano; veremos de qué modo puede el hombre verificar en la tierra la existencia de las realidades trascendentes y cómo hasta en este mismo mundo puede llegar a ser un Dios, un Cristo.

Tales son las cuestiones que vamos a estudiar

una por una, principiando por el análisis de la NATURALEZA HUMANA.

No hay nadie que deje de admitir una diferencia muy marcada entre el cuerpo y la inteligencia. No quiero decir con esto que debemos admitir una diferencia esencial entre el primero y la segunda. En efecto, el materialista no admite tal diferencia, pues cree que lo mental no es distinto del cuerpo. Pero, aún así, no puede menos de reconocer que la *mentalidad* constituye un modo especial de la energía, muy distinto de lo que se llama energía física.

Tenemos, pues, en el Hombre una primera y evidente distinción: cuerpo y mentalidad, o en términos mas usuales: cuerpo y alma.

Desde luego notamos que el cuerpo está sujeto a cambios incesantes; en siete años próximamente se renueva por completo, hasta la última partícula. Y, sin embargo, ¿se pierde acaso por eso la identidad? Es preciso, pues, admitir que bajo esos continuos cambios existe algo *relativamente* invariable: un *testigo* de esas variaciones incesantes.

Si así no fuera, no nos sería posible percibir los cambios de nuestro cuerpo. Si nuestra inteligencia se renovara como él, y con la misma

rapidez jamás tendría conciencia de estas variaciones. Para percibir un movimiento es necesario que el observador se halle en reposo, ó, al menos, que se mueva con un movimiento diferente. Esta *ley de relatividad* rige todos nuestros conocimientos: sin contraste no es posible la percepción. Por el solo hecho de que somos conscientes de los cambios realizados en nuestro cuerpo, debemos admitir que existe algo tras él que los registra y anota.

Pero además de los cambios del cuerpo físico, hay otros más sutiles que se producen continuamente y a los cuales no se presta la atención debida. Así, la *percepción* de un objeto exterior se debe únicamente a una sucesión de modificaciones rápidas, a vibraciones, en una palabra, que afectan al ser que percibe. Estas modificaciones se unen sistemáticamente entre sí por lo que llamamos estados conscientes. Sin esta continuidad del estado consciente nada podrían percibir. Todos los hechos percibidos se ligan unos con otros y se conservan por la Memoria. Pero ¿dónde se halla la memoria? Es muy difícil de concebirla localizada en el cerebro físico. ¿Cómo explicar que cosas completamente olvidadas desde largo tiempo vuelvan a aparecer con tanta claridad? ¿Como explicar que la hipnosis haga surgir del más profundo olvido hechos que se realizaron en la infancia? Casos hay en que una persona ha recordado una lengua

que solamente oyó hablar una vez en su juventud. Todas estas observaciones parecen indicar que hay algo más allá del cuerpo físico que registra las observaciones físicas que hacemos. A este elemento le daremos por ahora el nombre de «Mental» empleando esta palabra en el sentido más amplio.

No pretendo basar el *hecho* sobre argumentos tan pobres que no son pruebas para mí. Por otra parte, jamás quedará una verdad definitivamente establecida con argumentos tomados únicamente del exterior. Para obtener la prueba absoluta de una cosa es preciso que vosotros mismos la conozcáis; o, en otros términos, es necesario estar en disposición de poder verificar estos hechos trascendentales como el físico comprueba los fenómenos físicos cuya ley pretende formular. Y como al final de nuestro curso pienso hacer algunas indicaciones sobre este punto, sólo menciono estos argumentos como de pasada y con el único objeto de advertiros que lo que ahora adelanto no es pura fantasía, sino que, muy al contrario, se pueden presentar poderosas razones lógicas en apoyo de las teorías que he de exponer ante vosotros.

Debemos, pues, distinguir desde ahora el Cuerpo de lo Mental; distinción que si no es *esencial*, por lo menos es tan evidente como la de sólido y líquido.

Deteniéndonos ahora un instante en el aná-

lisis de lo Mental, veremos que también cambia sin que jamás permanezca estacionario. Las pasiones van y vienen, los estados anímicos se suceden, ondulantes y diversos. De año en año la intelectualidad se desarrolla o se debilita; las energías intuitivas cambian; en fin, hasta la misma conciencia se hace más luminosa por el desarrollo de la naturaleza humana.

Por consiguiente, todas las partes de lo mental varían; pero como estas variaciones son con toda evidencia conocidas, preciso es que detrás de lo mental haya algo mucho más estable. Y ese algo existe, en efecto: es el elemento espiritual cuya característica es el sacrificio, el amor, la abnegación, y todas las virtudes superiores que distinguen esencialmente el hombre del animal. A estos sentimientos debemos en ocasiones nuestra mayor felicidad, y con frecuencia el hombre considera este factor como su verdadero *yo*, su ser verdadero. Y este factor se distingue de lo mental variable como un gas se distingue de un sólido y de un líquido.

Pero si analizamos este elemento espiritual, vemos que también cambia. La espiritualidad crece con el tiempo. La abnegación y el amor son susceptibles de desarrollo cuando se ejercitan debidamente. La inmensa felicidad que a veces llena nuestra alma nos abandona en un momento, demostrando que percibimos estos cambios y que, por consiguiente, la naturaleza

espiritual no es el verdadero *yo* humano. Detrás de este elemento espiritual existe algo que conoce estas variaciones en las esferas superiores de nuestro ser.

Es el verdadero *yo* humano, el *único testigo* que percibe todos los cambios del espíritu, de lo mental y del cuerpo.

Así, pues: el cuerpo, lo mental, el elemento espiritual y el gran «Yo», testigo de todo lo que cambia, son los cuatro factores que nos da a conocer el análisis del ser humano. El «Yo» es el *sujeto* único, y los demás los *objetos* que le pertenecen.

Por la observación interna todos vosotros *sentiréis*, con mayor o menor claridad, la acción de estos diversos factores. Pero el discípulo sincero, *dotado de las cualidades necesarias*, puede ver y verificar estas cosas si a ello se aplica con la paciencia y la constancia debidas. Llegará hasta a separar por completo estos diversos factores adhiriéndose sucesivamente, con la conciencia de su ser, a los principios cada vez más elevados que lo constituyen. Y puedo añadir, de paso, que esta separación del yo de los demás factores es lo que constituye el *éxtasis*. Es posible abandonar el cuerpo durante un tiempo más o menos largo y adquirir conocimientos en las regiones hiperfísicas de la Naturaleza, que es lo que hizo Cristo en su ayuno de cuarenta días. Claro es que sólo los

que alcanzan este poder estarán en condiciones de comprobar por sí mismos la realidad de cuanto acabo de decir. Tales cosas dejan de ser para ellos probabilidades lógicas o vagas esperanzas y se convierten en realidades tangibles. Por desgracia, esto está reservado á muy pocos, porque no abundan los que poseen tales aptitudes, y mucho menos los que dispongan de la paciencia necesaria para desarrollarlas.

Sorprende oír a muchas personas afirmar que el alma no existe. ¿Pero qué saben ellos de todo esto? ¿Qué autoridad tienen en materia tan delicada? Los únicos que pueden afirmar de una manera categórica son los que tienen verdadera autoridad. Es evidente que un abogado no tendrá la pretensión de ser una autoridad en materias de medicina, porque no ha consagrado a estos estudios ni su tiempo ni su inteligencia; y esto le parece muy natural. Sin embargo, nadie se extraña de oír negar *a priori* la existencia del alma a personas que no han consagrado a los estudios psíquicos la milésima parte del tiempo y de la actividad que emplean en sus negocios. Esto es absurdo. Antes de negar el alma, os suplico que consagréis al menos la décima parte de las energías que derrocháis en otras cosas.

Pero continuemos nuestro análisis.

La materia de nuestro cuerpo no es la misma que la de un objeto inerte, y he aquí por qué se

ha convenido en llamarle *materia orgánica*; aunque desde ahora se puede ya prever que la química llegará un día a descubrir una cierta organización en toda clase de materia. Existe en nuestro cuerpo la materia llamada «inorgánica», pero regida por un factor que llamamos «vital» causa de su organización.

Existen, por lo tanto, en nuestro cuerpo dos principios: la materia bruta y la vitalidad; y a esta última podemos darle el nombre de principio etérico. Si analizamos los cuerpos físicos observamos que existe en ellos una substancia más sutil que los gases, que es el éter. Pero en la materia «inorgánica» este éter no predomina. Impregna toda clase de materia, sólida, líquida o gaseosa, pero no constituye el principal factor de estas substancias.

Por el contrario, cuando este principio vital se ve libre de la acción ejercida por los principios inferiores de la materia, los agrupa y los organiza, apareciendo entonces el *Reino Vegetal*. El elemento organizador de nuestro cuerpo es este principio etérico. La identidad del éter y del principio vital se hará manifiesta cuando se haga un estudio profundo del magnetismo. La ciencia demostrará un día que el magnetismo no es más que una manifestación de la vitalidad, que puede transmitirse de un ser a otro.

Los dos factores que componen nuestro cuerpo han recibido en Sanscrito los nombres de:

«*Sthûla Bhûta*»,—el cuerpo grosero, y «*Prâna*»,—la vitalidad. Ya notaréis que estos dos factores, aunque separables, son principios constituyentes físicos, no hiperfísicos, de nuestra naturaleza. (Sólo corresponden al *plan Físico* del Universo.)

Lo Mental, empleando esta palabra en su sentido más amplio, puede, a su vez, dividirse en tres elementos, todos separables unos de otros.

Es sabido que en cada uno de nosotros hay pasiones, emociones y sentimientos. Esta es una de las fases de la vida mental que se extiende desde la sensación animal hasta los sentimientos más elevados del hombre culto. Esta parte de nuestra naturaleza mental se conoce con el nombre de sensibilidad, que, en sanscrito es «*Kâma*»,—deseo,—y que algunas veces se llama «*Astral*» a causa de su luminosidad.

Además, sabemos que existe en nuestra mentalidad otro factor que razona, calcula, equilibra. Es lo que llamamos el intelecto, o mental intelectual. Corresponde a la porción inferior del principio llamado «*Manas*» en sanscrito (latín: *Mens*). Le llamaremos, pues: *Manas inferior*.

Más allá de este factor hay otro que no calcula, que no pesa el pro y el contra, que no discute ni razona, sino que afirma: Sé que esto es verdadero o falso; no sé por qué, pero así lo siento. Este principio es la razón pura o conciencia, que es lo que constituye la individuali-

dad propia del Hombre, y puede llamarse la Conciencia o el Alma del Hombre. En sanscrito es la división superior del «Mens», o *Manas superior*.

Existen, pues, tres subdivisiones en la región mental.

La naturaleza pasional y emocional, o Sensación, *Kâma*.

El mental calculador o intelecto: *Manas inferior*.

Y el mental afirmativo, alma o conciencia: *Manas superior*.

Cuanto a la *naturaleza espiritual* no es posible descomponerla por ahora. Contiene divisiones y subdivisiones que sólo puede percibir el Hombre que ha conseguido cierta perfección, o, en otros términos, el Iniciado «en quien ha nacido el Cristo». Debemos, pues, considerar la naturaleza espiritual como una.

Lo mismo se puede decir del *Sí*, o *seidad*, el cual tiene tres aspectos imposibles de distinguir en el estado actual de la humanidad. Sólo el Hombre Perfecto puede conocerlos y distinguirlos. Por esta razón he designado esta trinidad con un nombre genérico: el *Mahâtmâ*, limitándome a señalar la existencia de dos aspectos superiores del *Sí*. Por ahora debemos considerar esta trinidad como una. En lenguaje cristiano tenemos aquí el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, o los tres aspectos de la más alta realidad.

Son, pues, siete los factores que encontramos en el hombre.

1.º Los tres aspectos superiores considerados como *Uno*, el Sí del Hombre, el verdadero y único sujeto en él, el único testigo de todos los cambios de su conciencia. La palabra «Mahât-mâ», Gran Alma, significa el gran *Sí*. En la literatura Teosófica se le designa brevemente con el nombre de «Atmâ». Pero en los libros indos más antiguos se le llama «Mahât-mâ». Atma significa lo que está en contacto con todo, lo que contiene a todo: El Sí del hombre es el único que contiene todas las cosas;

2.º El elemento espiritual o «*Buddhi*»—*Buddhi* significa la *Sabiduría*;

3.º El alma o «*Manas superior*»—*Manas* significa, propiamente hablando, un principio que circula y se difunde a nuestro alrededor. En lenguaje vulgar, puede tomarse por lo Mental.

4.º El intelecto o «*Manas inferior*»

5.º La sensación o «*Kâma*»—*Kâma* significa deseo;

6.º La Vitalidad o Eter—«*Prâna*» significa propiamente vitalidad, actividad;

7.º La materia bruta, sólida, líquida y gaseosa. «*Sthûla Bhûta*» significa transformación grosera. *Bhûta* lo que ha llegado a ser, y *Sthûla*, grosero.

En realidad, poco importan estos nombres

sanscritos. Lo esencial es que se reconozca en el fuero interno estos principios, que son verdaderos hechos de la Naturaleza.

Como ya dije al comenzar, existe en el Universo una serie de principios correlativos que corresponden a cada uno de los principios propios de la Naturaleza Humana. Así:

1.º El elemento físico grosero que hay en nosotros corresponde a la materia sólida, líquida y gaseosa que nos rodea. Nuestro principio etérico corresponde al éter o principio vital universal. Los dos juntos, materia y éter, constituyen el *plan físico* del Universo.

2.º Lo que es en nosotros sensación corresponde al mismo principio universal: el Astral o *plan astral*.

3.º El intelecto y el alma corresponden al intelecto y al alma del Universo; y los dos juntos constituyen el *plan Mental* del Cosmos.

4.º y 5.º Del mismo modo, el elemento espiritual y el *si* del Hombre se hallan representados en el exterior por el *plan espiritual* o *Buddhico* y el *plan Nirvánico*.

Y estos planos del Universo, como los factores del hombre, no se hallan superpuestos, sino que se penetran. Así como un líquido penetra

en un sólido, y un gas puede penetrar en un líquido, así el éter invade toda la materia y se extiende mucho más allá de nuestra atmósfera terrestre. A su vez, el principio Astral penetra en el eter y en todo lo que le es *inferior* (en sutileza, no en posición), y así siguiendo. Todos estos principios se penetran unos a otros; de donde resulta que el hombre *vive al mismo tiempo* en todos los diferentes reinos o planos del Universo que corresponden a estos principios. Y ya hemos visto, por la precedente enumeración, que los *siete* principios existen en realidad en sólo *cinco* planos del Universo.

Sabido es que algunos filósofos han dado al Hombre el nombre de «*Microcosmo*» o pequeño Universo, y con mucha razón, porque el Hombre contiene en sí la materia física del Reino mineral, la vida del vegetal, la sensación y el deseo del animal, el simple intelecto propio de los animales superiores actualmente desaparecidos, eslabón roto entre el Reino animal y el Reino hominal; y el alma, que es lo que constituye el verdadero Hombre y que está siempre en el Cielo. Además, el elemento espiritual del Hombre corresponde al Reino angélico, a la naturaleza del Iniciado. En fin, el Sí, el Unico, corresponde al elemento Perfecto del Universo, a Dios.

Resulta, pues, que el hombre sintetiza el Universo.

Por esta razón el estudio del Hombre nos abre

el camino al estudio del Cosmos. Cuando conozcamos su naturaleza en sus diferentes fases y aspectos, conoceremos también las esferas correspondientes del Universo, puesto que a ellas corresponden los elementos que hay en nosotros. Llegando, en fin, a los principios más elevados, una vez descubiertos los dos aspectos superiores del Sí, se conocerán igualmente dos nuevos planos del Universo, de los cuales sólo podemos decir que existen, porque estas alturas son inaccesibles al actual pensamiento humano. Entonces sabréis que hay realmente en el Universo siete Reinos. Las divinidades que los rigen son los siete Espíritus que rodean el trono de que habla el Apocalipsis. Pero por ahora hemos de contentarnos con reconocer que los siete factores que nos ha dado el análisis psicológico de la naturaleza humana, existen solamente en cinco planos del Universo.

Muchas cosas más podría deciros, pero en estas cortas lecciones no es posible presentar más que un vago bosquejo, líneas generales del conjunto de tan vasta filosofía; y ha sido preciso sacrificar los detalles.





II



De la duración relativa de los principios constitutivos del Hombre

YA hemos visto que los siete principios del hombre existen sólo en cinco planos del Universo; de donde se sigue que dichos principios se reducen realmente a cinco esenciales. El septenario esencial se completa añadiendo dos factores correspondientes a los dos primeros planos del Cosmos, incognoscibles, como ellos, para el hombre actual. Los menciono aquí porque debe saberse que la teología India tiene muy en cuenta estos factores. Sus nombres son *Avyakta* y *Purusha*, y se manifiestan por *Atmâ*, que es, por consiguiente, una verdadera *Trinidad*.

Trinidad que se resiste a todo análisis, puesto que el mismo Atma se nos presenta como la *Unidad* perfecta, que es para nosotros un verdadero «misterio»

Debo ahora decirnos algunas palabras respecto a la acción y a las modificaciones de estos principios en el tiempo y en el espacio.

Comenzando por lo más elevado, hallamos que el único principio eterno en nosotros es el *Perfecto* (Atma) bajo sus tres distintos aspectos. El elemento espiritual no es eterno; pero es incomparablemente más durable que los principios siguientes. Y bajando de grado en grado hasta el cuerpo físico, encontramos principios cuya vida es cada vez más corta.

Comprenderemos esto mucho mejor pensando en cómo se transmiten las vibraciones en general.

Hasta en el mundo puramente físico encontramos que las vibraciones más sutiles son también las más persistentes, siendo su esfera de acción mucho más extensa. Y esta analogía nos prueba que a la misma ley deben obedecer los principios del Hombre que, al fin y al cabo, no son más que modos de movimiento (1). Los principios superiores, invisibles, sobreviven á la desaparición del cuerpo físico, como las vibraciones sutiles de una cuerda musical, persisten

(1) Véase la 3.^a conferencia.

aun cuando haya dejado de ser perceptible el sonido principal. Es claro que esto no es más que una comparación, no una prueba, por que ésta sólo puede encontrarse en la experiencia personal reservada únicamente á aquellos que reúnen las condiciones necesarias. Los demás han de contentarse con probabilidades lógicas corroboradas por el testimonio de Los que saben.

Por consiguiente, nuestro cuerpo grosero (sólido, líquido y gaseoso) es el factor más efímero de nuestro ser. Al morir, lo dejamos atrás, después de haber separado el doble etérico. En realidad, la muerte no es más que esta separación del cuerpo y el doble etérico, vehículo de la vitalidad. Una pequeña exteriorización de este «doble» basta para producir la insensibilidad durante la vida, como sucede con la acción de los anestésicos. Cuando se administra cloroformo á un enfermo, el vidente puede ver el doble etérico fuera del cuerpo en forma de nube azulada. La separación completa produce inevitablemente la muerte. El principio vital no puede entonces obrar sobre el organismo, y las fuerzas físico-químicas entran en juego con toda libertad y producen la descomposición gradual del cadáver.

Poco después de la muerte (menos de tres días por regla general) el doble etérico queda, a su vez, abandonado como un segundo cadáver. Es inerte y flota alrededor del cuerpo, disipán-

dose poco a poco a medida que aquel se descompone. La mayor parte de los fantasmas de nuestros cementerios no son más que los dobles etéricos de los muertos. No es muy difícil verlos, pues en ocasiones basta una pequeña excitación nerviosa, como la producida por el miedo, para que se hagan visibles las formas etéricas. Pero si el cuerpo se quema, según se hace en la India, el doble etérico se disgrega inmediatamente.

Después de haberse despojado de estas dos envolturas exteriores, el hombre conserva todo lo demás. Ningún cambio se produce en su verdadera personalidad a quien no alcanza la muerte. Continúa tan viva como nosotros, más viva aún, sólo que no puede hacerse visible porque ya no posee envoltura física. Existe de un modo tan sutil que a un hombre vulgar no le es dado percibirla; pero no por eso es menos real, tan real como las vibraciones infra-rojas y ultra-violetas del espectro solar, también invisibles para nosotros. De modo, que lo que llamamos nuestros muertos existen realmente bajo la forma de vibraciones más sutiles. Y como nos es imposible comunicar con ellas, están fuera de nuestro alcance. Pero del mismo modo que el éter invisible lo llena todo, así estas formas sutiles penetran las formas groseras de este bajo mundo que es el único que pueden percibir nuestros sentidos.

El primer fenómeno que se produce en el hombre después de haberse despojado de su doble envoltura física, es la reorganización de su cuerpo astral, o principio de la sensación, que le ha de servir de vehículo en el nuevo medio en que habite. Pasará más ó menos tiempo en este mundo astral, según la mayor o menor fuerza de su naturaleza pasional. Si ha empleado su vida entera en dominar sus pasiones permanecerá largo tiempo en esta región equivalente al Purgatorio de los cristianos, ya que el cuerpo astral está tejido con la sustancia misma de las pasiones y de las emociones. Y si en vida trabajamos para fortificarlo, después de la muerte será para nosotros una envoltura de larga duración, una cárcel de gruesos muros. Pero, al fin, todo lo que perece tiene su término, y más tarde o más temprano, el hombre abandona su envoltura astral. Después de purificado, después de vencidas y arrojadas las malas pasiones, pasa al reino inmediato, al plan mental o *mundo celeste*.

Aun aquí, su permanencia será larga ó corta según lo que fué su vida en la tierra. Si fué intensa su vida intelectual; si pensó mucho y noblemente; si cultivó los sentimientos más elevados de la naturaleza humana; si vivió consagrado al estudio, a la ciencia, al arte, a la literatura; y, sobre todo, si su vida fué vida de abnegación, entonces vivirá mucho tiempo en

el «Manas inferior». En esta región es donde aquellos de entre los vivos que saben elevarse sobre los sentidos físicos, pueden oír las oleadas de armonía con que llena el espacio la divina inspiración de Beethoven; en esta región es donde podemos escuchar la misteriosa armonía de las esferas y comunicar con los ángeles; aquí, en fin, es donde podremos vaciar hasta la última gota la copa del conocimiento. Pero voy a decir algo que no creeréis, y, sin embargo, es una verdad de la Naturaleza. En estos mundos invisibles no podemos comenzar nada. Tal es la característica de los dos planos superiores al nuestro. La vida en estas regiones no es más que la continuación, el desarrollo de nuestra vida terrestre. He aquí por que importa mucho vivir noblemente aquí abajo sin esperar en el más allá. Es muy triste ver a muchas gentes, que en el fondo no son malas, perder el tiempo en niñerías. Las leyes de la asociación subsisten después de la muerte, y es muy de temer que estas puerilidades absorban por completo á estos desgraciados en su larga vida de purgatorio. Y no vaya á creerse que pueda bastar una oración para ganar el Cielo. El Universo está regido por una ley de absoluta Justicia, la ley de causalidad. No existe nada arbitrario. El Cielo y el Infierno no son más que las consecuencias naturales de haber observado o violado estas mismas leyes. Sed, pues, prudentes y trabajad, porque aquí abajo

podéis determinaros libremente; no os expongáis a veros después atados con las cadenas que ha forjado vuestra propia negligencia.

Tenemos, pues, que el hombre pasa primero al plano astral, y luego al plano mental o celeste. Debo recordaros una vez más que de lo que aquí se trata es realmente de un cambio de *estado*, no de un cambio de *lugar*. Lo que yo llamo mundo celeste existe en todas partes, lo penetra todo, como el éter; mucho mejor que él. En una palabra, en estos diversos *estados* el hombre recoge lo que sembró en la vida terrestre. Y cuando a este período celeste le llegue su fin, lo abandona como abandonó los anteriores, habiéndose despojado sucesivamente de cuatro cadáveres.

Este proceso abraza un tiempo bastante largo, un periodo de mil a mil quinientos años terrestres, por término medio. Y al fin llega para el hombre la época de una nueva encarnación. Ya hablaremos más adelante de la Reencarnación, y veremos que esta doctrina, que sin duda parecerá tan extraña a la mayoría, no es mas que la aplicación de una ley universal. Me basta por ahora notar que después de la muerte el hombre pierde sucesivamente cuatro principios inferiores, y que en el momento de renacer, parte del plan del Alma, o cuerpo «Causal»

Cuando llega el instante de renacer atrae alrededor suyo una nueva envoltura del plano

del Manas inferior. Luego, progresivamente, su actividad llega al plano astral, en donde se forma un nuevo cuerpo astral, que le ha de servir para expresar su naturaleza sensible. Por último, el mismo se forma la envoltura etérica y el cuerpo grosero en el seno de la madre.

De modo, que las formas sutiles del hombre son las primeras que nacen, y las últimas que desaparecen. Mientras más sutiles son los principios, más durables son; y ahora veremos que, además, su esfera de acción se extiende mucho más lejos. En efecto, el clarividente ve alrededor de cada hombre un halo de forma ovoide, halo que se ve en la «gloria» que rodea a las Vírgenes y Cristos de los artistas primitivos. Recuérdense las experiencias de Reichenbach para demostrar experimentalmente la existencia de los efluvios humanos, y muchas otras que se han hecho después. El *Aura* (así llamamos a este halo sutil) no es más que la extensión de los principios más elevados, fuera del cuerpo físico al que rodean de un nimbo brillante y coloreado, como lo atestigua el clarividente. Los principios sutiles son, pues, mucho más extensos, como se puede demostrar con argumentos metafísicos, pero que no menciono por no fatigaros demasiado.

Por último, lugar oportuno es éste para decir algo sobre la memoria y sus funciones. Creo que habréis comprendido bien que los

cuatro principios inferiores se renuevan en cada encarnación, mientras que los tres superiores son los únicos que subsisten. Pero ya os hice notar no hace mucho que con frecuencia, y gracias a un determinado esfuerzo, podemos recordar hechos olvidados desde la infancia, como igualmente sucede en el estado hipnótico. Esto parece demostrarnos que la memoria no existe sólo en el cerebro, sino que se extiende a vibraciones más sutiles, y que si el cerebro no puede responder a estas vibraciones, es decir, percibir las, el recuerdo es imposible, mientras que si las percibe aparecen y se iluminan los hechos del pasado. Pero ya recordaréis que los principios superiores tienen una existencia mucho más larga, y comprenderéis también que todo cuanto se adquiere en el curso de una encarnación lo conservamos en uno u otro de nuestros principios constitutivos, según la naturaleza de la cosa adquirida. Y cuando nuestro cerebro físico se halla en absoluto reposo, en estado receptivo, las vibraciones sutiles de la memoria hiperfísica lo afectan, y de este modo recordamos lo pasado. Estos recuerdos, estos pensamientos existen en el elemento superior de nuestra naturaleza; pero, en su estado normal, nuestro cerebro no puede percibirlos. Paralizad la actividad cerebral por medio del hipnotismo y haced que se comuniquen con el Ego por otros medios, y veréis como el indivi-

duo os hablará de muchas cosas que en su estado de vigilia ignoraba completamente. Y esto sencillamente porque las formas sutiles son mucho más durables que las formas groseras.

En conclusión, el hombre se despoja sucesivamente del cuerpo, de la vitalidad, de la sensación, hasta del mismo intelecto, perdiendo la parte de la memoria que corresponde a estos principios. Pero el Alma conserva el recuerdo de todo, y si lográis establecer un lazo entre el cerebro material y el Alma podríais recordar todos los acontecimientos de vuestras existencias sucesivas. En la parte práctica de nuestro estudio veremos de qué manera puede establecerse este lazo, y recordemos que el Alma, el Manas superior, no olvida jamás.





Del análisis de las cosas

LA LEY DE LA ALTERNATIVA.—EL EFECTO NO MODIFICA LA CAUSA UNIVERSAL.—ESTA CAUSA PRIMERA ES INTELIGENTE.—EL UNIVERSO CONSIDERADO COMO LA IDEALIZACIÓN DIVINA.—OTROS PUNTOS DE VISTA.

EL conocimiento de sí mismo, como ya hemos visto, es el principio de toda sabiduría. Después de haber analizado el hombre, podemos pasar al análisis de las cosas exteriores que le rodean, limitándonos, como siempre, a generalidades por falta de tiempo.

Fijémonos en el mundo exterior que nos rodea. Si consideramos un objeto cualquiera, físico o hiperfísico, nada observamos en ellos que no sea efecto de la acción del movimiento sobre nosotros.

Para comprender bien lo que digo, tomemos un objeto, esta magnífica flor, por ejemplo. ¿Qué es esta flor?

Lo que llamamos flor no es más que un cierto arreglo, la reunión de cierto número de cualidades: color, olor, sabor, contacto, frescura, peso, etc. A todos estos efectos reunidos es á lo que llamamos flor. Pero el análisis nos demostrará que cada una de estas sensaciones así agrupadas no es más que el producto de un movimiento. En primer lugar, lo que llamáis «color» es sólo un *efecto* de las vibraciones que actúan sobre vuestra retina. Estas vibraciones se transmiten al cerebro por medio del nervio óptico, y del cerebro á la naturaleza hiperfísica ó astral. (Ahora ya sabéis lo que entiendo por esta palabra). Del astral, la transmisión pasa al mental, y entonces veis el objeto. Luego, la noción del color o la de esta acción sutil sobre la retina, acción que se trasmite al nervio, al cerebro, al astral y, por último, al mental. El color que percibís no es, pues, el color que yo percibo. Las vibraciones son las mismas, afectan lo mismo vuestra retina como la mía; pero el efecto que produce en vosotros no es idéntico al que produce en mí. Cada hombre ve su color, y sólo por puro convencionalismo le damos el mismo nombre. Vosotros decís que esto es blanco; yo también; pero esto no quiere decir que nuestras sensaciones sean idénticas.

Pasemos al olor, y haremos el mismo razonamiento. El olor no es más que el efecto de una vibración que obra sobre el nervio olfativo. Su acción se trasmite como en el caso precedente. Lo mismo sucede con el gusto. Lo que llamáis «gusto» no es más que el efecto de un movimiento vibratorio que obra sobre las extremidades de los nervios linguales.

Este razonamiento es aplicable a todas nuestras sensaciones, hasta a las hiperfísicas. Para el clariaudiente esta flor habla; más aún, es musical, porque lo que le da la forma es el efecto de una vibración musical. Los que han leído la obra de Mme. Watts saben de qué manera ha logrado producir, por medio de notas musicales, formas de helechos y flores admirables. Estas y otras experiencias tienden a demostrar que todas las formas de la naturaleza son engendradas por vibraciones rítmicas, y así lo han enseñado los Maestros de todos los tiempos. Así es que la misma música de esta flor, si la pudiéseris oír, sería también el efecto de una vibración.

La resistencia al contacto no es otra cosa que el efecto de un estado vibratorio resultante de dos tendencias contrarias universalmente presentes en la naturaleza manifestada: tendencia a acercarse y tendencia a alejarse, atracción y repulsión, fuerza centrípeta y fuerza centrífuga. Estas dos fuerzas, en sus varias relaciones,

producen los diversos estados de la materia. Cuando la atracción domina, resultan los cuerpos más duros; cuando es mayor la fuerza expansiva, se obtienen cuerpos cada vez menos compactos. El sólido se convierte en líquido, y el líquido se convierte en gas. Algo más allá todavía encontramos los estados etéricos de la materia. Así, la dureza y la blandura no son más que la resultante de dos fuerzas: atracción y repulsión.

Si percibís el peso de la flor, este «peso» no es más que el efecto de la acción que ejercéis para impedir que la flor y la Tierra se aproximen. Hasta los niños saben que el átomo atrae al átomo, y que la Tierra atrae todas las cosas hacia su centro. Las estrellas atraen a nuestro planeta y nuestro planeta atrae a las estrellas como atrae a todo lo que está en su superficie. Universal tendencia de todas las cosas a abrazarse mutuamente como impulsadas por el amor. Esta manifestación cósmica, este amor universal es lo que vosotros llamáis Gravitación. En fin, la suavidad al tacto, como la aspereza su contrario, no es más que una disposición particular de las moléculas, debida a la naturaleza de la materia, a su consistencia; y ya hemos visto que esta consistencia procede de la atracción y de la repulsión, o del movimiento activo y del pasivo.

Así es que analizando esta flor, véis que no se compone más que de un conjunto de *efectos*.

Pero me objetaréis que hay realmente *átomos*, moléculas atraídas, rechazadas, agrupadas de cierto modo, que es lo que forma la flor. Me parece que vuestro razonamiento tiene algo de ilusorio. ¿Ha visto alguien un átomo? Me refiero al átomo físico, porque el químico es ya un compuesto. Supongamos que podéis percibir un verdadero átomo. Le percibiréis necesariamente bajo la forma de color, de contacto, o de una *cualidad* cualquiera determinada. Pero ya sabéis que todas estas *cualidades* son efectos del movimiento, nada más. ¿Pero dónde existe vuestro átomo? En la imaginación del físico. Todo desaparece en el movimiento. Los que no han fijado toda su atención en estas cuestiones no podrán ciertamente comprender; pero si reflexionan verán cuan profunda es la verdad de que el Universo, como objeto de nuestra conciencia, es puro *movimiento* y nada más que *movimiento*.

Así lo enseñaron todos los grandes Maestros del tiempo pasado. *Los objetos, como objetos, no tienen más que una existencia relativa; relativa a la conciencia que de ellos tenemos.*

Creo que este ejemplo bastará. Y razonando del mismo modo os podréis convencer de que todas las cosas están sometidas a la misma ley.

Una vez comprendido este *movimiento* universal, podremos adelantar un paso más. El movimiento es producido siempre por una

fuerza, y de esta fuerza sólo podemos tener conciencia dentro de nosotros mismos, no en otra parte. Todo lo demás es pura hipótesis. El único poder motor que podéis conocer realmente es vuestro propio ser consciente. Así, si mi mano se mueve, mi conciencia íntima me dice que *yo* soy quien la hace mover. Este movimiento no se produce por sí mismo sino que lo produzco *yo*. Esta es la única verdadera noción del movimiento producido por la fuerza. De esta noción íntima vosotros pretendéis inducir la naturaleza de la fuerza que produce los demás movimientos, los objetos de vuestro conocimiento; y, con este motivo, inventáis hipótesis gratuitas. Cuando yo os hablo no percibís más que un conjunto de movimientos, nada más. Mis cuerdas vocales se mueven y producen vibraciones que obran sobre vosotros. Cierta número de partículas (que no son más que movimientos) entran en vibración y modifican los rayos luminosos enviados a vuestra retina, y, después de afectada ésta, percibís un color, una forma. De aquí inducís que hay algo detrás de este movimiento, y afirmáis que existe un orador. Pura hipótesis. La creencia de que debe existir una fuerza que produzca el movimiento proviene sencillamente de la noción que tenéis de que *vuestros movimientos son producidos por vosotros mismos*. Esto es lo único que en realidad sabéis. Pero no conociendo más que

este solo caso, ¿qué razón tenéis para afirmar que la fuerza que está detrás de este grupo de movimientos (al que llamáis orador) es diferente de la que está detrás de este otro grupo de movimientos que llamáis una lámpara? Ninguna. Y de hecho, no existe más que una sola fuerza que, bajo leyes diferentes, produce distintos efectos. Podría demostraros esto por medio de una discusión profunda sobre las leyes del tiempo y del espacio; pero temo fatigaros demasiado. Me concretaré a decir que todo el movimiento cósmico es producido por una Fuerza Unica. Así es que en el Universo encontramos un aspecto absoluto y un aspecto relativo. El movimiento es lo Relativo, la Fuerza es lo Absoluto. La Fuerza es la única Causa del Universo, y el Movimiento es su resultado. Esta Fuerza ha sido llamada Dios por algunos; los Indos la llaman Brahma. Otros le han dado diversos nombres, pero poco importan estas palabras. Lo esencial es reconocer que esta Fuerza es la que lo produce todo: *Se convierte en todo sin dejar de ser lo que es.*

Para que comprendáis fácilmente lo que acabo de decir, diremos algo sobre el *proceso de la manifestación universal.*

I. Lo primero que debe llamar nuestra atención es la *Ley universal de la alternativa.* Ningún progreso, ningún desarrollo, se efectúa jamás en línea recta continua. Todas las cosas

avanzan hasta cierto punto, luego retroceden. Un nuevo impulso progresivo las hace avanzar más todavía, y así sucesivamente (según una curva sinuosa, o mejor dicho, helicoidal). Todas las cosas tienen sus días y sus noches. En todas partes alternan el reposo y la actividad, y hasta el mismo Universo está sujeto a esta ley, pues presenta fases de acción y de inercia. Durante el periodo de actividad, la gran Causa Primera produce el Universo, y en el periodo de reposo, el Universo vuelve a la Causa Primera de donde salió: se disuelve. Y cuando aparece el periodo siguiente, se forma un nuevo Universo, como resultante de todos los anteriores. De modo, que la creación es incesante; no tiene principio ni fin. Nuestro Universo, que no es más que uno de estos Universos particulares, principió y concluirá; pero contiene el germen de los Universos futuros. Y por Universo entiendo yo, no un sistema solar aislado, sino la totalidad de las cosas existentes; y esta totalidad es la que tiene un principio y un término. Todas las historias de la creación que leéis en los libros sagrados no son, en su mayoría, más que narraciones poéticas y alegóricas, cuyo simbolismo es con frecuencia de los más oscuros. Estas narraciones hacen generalmente alusión a la creación de un universo particular; pero, en sí misma, la Creación no tiene principio ni fin.

Estas alternativas indefinidas las llaman los

Indos: los días y las noches de Brahma, divinidad suprema. También les dan el nombre de inspir y de expir divinos. El expir crea, el inspir absorbe. Y el proceso entero se llama «Kalpa», es decir, un ciclo. La palabra *Kalpa* significa literalmente: *Imaginación*, y se aplica a la evolución del Universo porque éste no es más que la Ideación Divina, como veremos más adelante. Por ahora basta que nos fijemos en Kalpa o ciclo de la alternativa universal.

II. El segundo punto que importa conocer es el siguiente: La manifestación universal está sujeta a la ley que nosotros llamamos *Vivārtha*, es decir, que la causa permanece siempre idéntica a sí misma después de producir su efecto, o en otros términos, que el efecto no modifica la causa que lo produce. Tal es la idea de la *manifestación*, opuesta a la de transformación. El queso, formado de la leche, está en este último caso, porque la leche, como leche, ha dejado ya de existir. Para formarnos una idea clara de la *manifestación*, tomemos un carbón encendido, atémosle a un extremo de un alambre y hagámoslo girar rápidamente. Vemos un círculo, y este círculo existe en nuestra conciencia; lo produce el carbón en movimiento sin que experimente modificación alguna. Es un punto, y, sin embargo, produce un círculo. Algo semejante es el *Vivārtha*, modo de manifestarse el Universo. Todas las cosas vienen de

Dios, el cual está todo en todo lo que existe, y, sin embargo, sigue siendo el mismo Dios, el Inmutable, siempre idéntico a Sí mismo, único en la infinita variedad de sus manifestaciones, como lo es el carbón en todos los puntos de la circunferencia.

Tomad ahora este primer círculo como unidad, y hacedlo girar alrededor de un nuevo centro. Obtendréis una figura más compleja, debida por completo al carbón único. La causa primera sigue siendo idéntica, y, sin embargo, tenéis ya dos manifestaciones de orden diferente. De este modo, con un solo carbón, podéis llenar el espacio infinito. El proceso cósmico es algo semejante, bien que sea imposible hacerlo realmente concebible por medio de comparaciones.

En el Universo entero no hay más que Dios solo, presente en todas partes, en toda su plenitud. Así es como se manifiesta el Universo. Dios, la Causa Primera, siendo siempre El mismo, produce su efecto, su manifestación.

El nombre sanscrito, *Vivārtha*, dado a este procedimiento, significa en realidad: movimiento torbellinal, que algo se relaciona con el latín «*Vortex*» torbellino. Vuestra misma ciencia moderna os dirá que el Universo que véis está formado por torbellinos de movimientos, torbellinos que se atraen y se repelen mutuamente, es decir, la misma idea sanscrita de que todo lo

que existe es «*Vivārtha*», Una y otra están, pues, de acuerdo; y todo aquel que posea la visión astral puede ver esos torbellinos universales de las cosas.

Tal es la segunda ley relativa al proceso de la Evolución universal. El Universo es «*Vivārtha*», movimiento, torbellinos, en los cuales la causa permanece siempre idéntica a sí misma después de producir su efecto.

III. La tercera ley de la manifestación cósmica la obtendremos colocándonos en un punto de vista muy diferente. Vamos a ver que todos estos movimientos universales, todos esos torbellinos, no son más que pensamientos, tendencias mentales. Para comprender esto con claridad, volvamos al análisis de los objetos.

Ya hemos dicho que en el Universo no percibimos más que movimientos, y que en un solo caso *conocemos* realmente la fuerza, es decir, en nosotros mismos. En todos los demás sólo podemos hacer hipótesis sobre su naturaleza. Pues bien, ¿qué hipótesis debemos hacer sobre la Causa Primera? ¿Es o no inteligente? La única respuesta lógica es que, siendo *en nosotros* la fuerza inteligente, y siendo éste el único caso en que la conocemos, no hay razón alguna para afirmar que no lo es fuera de nosotros. Sin contar que los que saben declaran que la Causa Primera es inteligente. He aquí la diferencia esencial entre el materialismo y el idealismo.

El materialismo (monismo) afirma que todo proviene de una causa única, y que esta causa no es inteligente, mientras que el idealismo Vedantino afirma que la Causa Primera es inteligente, que es Dios, el Principio Divino. El Indio no reñirá con el materialista, al contrario le estrechará la mano. «Como estáis contento con vuestra hipótesis todo os sale a pedir de boca.— Pero... ¿dónde están las pruebas de vuestra afirmación? ¿La habéis comprobado? Y si no lo habéis hecho, ¿por qué os ofuscáis de ese modo? ¿Por qué nos declaráis la guerra? Vosotros no tenéis más que una hipótesis no comprobada, mientras que nosotros os podemos indicar un método por medio del cual podréis comprobar nuestras afirmaciones, si queréis tomaros ese trabajo. Sed, pues, algo más tolerantes con nosotros.» Y nos despediremos de nuestro adversario afirmando que la Causa Primera es inteligente, según el testimonio de Los que saben. En otra parte hemos visto que esto es lógico y racional, puesto que no conocemos la fuerza más que en nosotros mismos; y si en nosotros es inteligente, ¿por qué no lo ha de ser en todas partes? Por lo tanto, es muy lógico admitir que la Causa Primera es inteligente. Y si a esto se añade el testimonio de Los que han visto, podemos estar seguros de nuestra afirmación.

Pero si la Causa Primera es inteligente ¿que

otra cosa pueden ser los movimientos que engendra sino la expresión de sus deseos, de sus ideas y de sus pensamientos? Por esta razón he afirmado que el Universo es la Ideación Divina.

Y aquí hallaremos la clave de la Evolución universal. Desde este punto de vista podemos considerar el proceso cósmico como un desarrollo psicológico, inteligente y consciente, en el que Dios produce todas las cosas sin dejar de ser idéntico a sí mismo. Budha y otros Maestros de la India adoptaron este punto de vista psicológico (1)

Pero también podemos considerar la Creación bajo otros aspectos, el musical, por ejemplo. Los movimientos engendrados por el Ser creador son vibraciones rítmicas, perceptibles para los que pueden hacerlo, en forma de sonidos musicales. De donde resulta que el Universo no es más que una inmensa armonía, obra del divino compositor: una orquesta grandiosa dirigida por Dios mismo. Todo se produce por vibraciones rítmicas; y, como ya he dicho más

(1) Con este criterio estudiaremos la Evolución universal en los capítulos siguientes.

arriba, varias experiencias modernas han demostrado este hecho en el plano físico. (1)

El universo es, pues, una grandiosa sinfonía, como se enseñaba antiguamente, y los que saben romper el velo de los sentidos, conocen la inefable «Harmonía de las esferas» de que se habla en el Sueño de Scipion. Y El evangelio de S. Juan ¿no nos habla del *Verbo* Divino por quien todo ha sido hecho? La gran palabra, el Logos, es también la gran Idea, el *Sonido* primordial. Porque ya se ha visto que la idea y el sonido no son más que una sola y misma cosa. No puedo analizar en detalle este pasaje del evangelio, pero muchos podrán hacerlo siguiendo estas indicaciones: el sentido real, relación de un hecho científico, es la *creación del Universo por el sonido*.

Desde el punto de vista *cromático*, podemos considerar el Universo como una admirable armonía de colores. El color no es más que el efecto producido por el movimiento sobre un órgano particular del que lo percibe. Es posible ver colores allí donde el hombre no ve ninguno. Cuando se oye música, el hombre vulgar no ve nada, escucha sólo los sonidos; pero el clarividente ve también colores, es decir, que su vista,

(1) Es un hecho cierto que las vibraciones musicales producen toda clase de formas armoniosas, hechas visibles por medio de un polvo tenue suspendido en el aire. Estas formas han llegado a fotografiarse.

del mismo modo que el oído, responde a esta clase de vibraciones. Igualmente percibe las vibraciones del infra-rojo y las del ultra-violeta. De modo, que la Creación, *Ideación divina*, o *vibración rítmica del Verbo*, puede también considerarse desde el punto de vista *Color* o *Luz*. El fondo es el mismo; sólo varía el punto de vista. Este último es el que han adoptado algunos filósofos de la India.

Del aspecto *Luz* se deduce naturalmente el aspecto *geométrico* del Universo, y la idea de que la evolución es un proceso *matemático*, toda vez que los colores se manifiestan por medio de formas y figuras, pues es imposible percibir el color sino bajo ciertas formas en el espacio. Y en el Universo estas formas son regulares y geométricas. Buen ejemplo de ello son los cristales, y el copo de nieve, con su admirable regularidad, no es más que un detalle que refleja la armonía del todo.

Por otra parte, las figuras geométricas pueden reducirse a números, y de aquí, el aspecto aritmético del Universo. Los filósofos griegos empleaban constantemente este procedimiento de reducción, aunque para ellos era esencial la concepción geométrica del Kosmos, como lo demuestra la inscripción que se leía en el frontón de sus escuelas: «Nadie puede entrar aquí sin saber geometría» Para comprender su filosofía era necesario un conocimiento profundo de

la geometría. ¿Quién no ha oído hablar de los cinco poliedros regulares, llamados por todos los «sólidos platónicos» por medio de los cuales explicaba esta Escuela la Génesis Cósmica? (1)

Tales son los diferentes puntos de vista, según los cuales puede considerarse la formación del Universo. El fondo siempre es el mismo; sólo cambian los aspectos.



(1) Podemos citar tres obras del Sr. Soria, joven autor español, que tratan de la teoría geométrica del Universo, y que, si en los detalles no son del todo exactas, tienen, sin embargo, un gran interés, aún desde el punto de vista puramente científico.



IV

Del proceso de la manifestación universal.

EN mi última conferencia os dí a conocer las leyes fundamentales que sirven de base a toda manifestación. Dijimos que la Causa Primera es siempre idéntica a sí misma aún después de producir su efecto. Ahora trataremos de averiguar *cómo* el Principio único e inmutable engendra la multiplicidad del Universo manifestado; o, en otros términos, nos esforzaremos por comprender el *proceso de la Evolución Cósmica*. Hemos visto ya que la Causa Primera es la única Realidad absoluta, mientras que todas las cosas perceptibles no son más que manifestaciones suyas, sombras pasajeras y fugaces de la

Luz Unica. Vamos a ver como este Uno se manifiesta en el tiempo y en el espacio; pues, en realidad, la evolución no es otra cosa que la manifestación del Principio Unico en el tiempo y en el espacio. Pero antes de pasar adelante es preciso ver qué es lo que significan los términos «Tiempo» y «Espacio», porque estas nociones pueden ser causa de verdaderas ilusiones.

Reconozcamos, desde luego, que estas dos ideas no son más que modos de nuestro conocer. Las palabras sanscritas dan en seguida la clave de su significación.

Tiempo, «Kalaha» significa acción de contar.

Espacio, «Deshaha» significa acción de indicar.

Síguese de aquí que, en sanscrito, el tiempo indica la *sucesión* por medio de la cual adquirimos el conocimiento de las cosas, y el Espacio designa la *dirección* en que las concebimos. Como realidad absoluta, ni uno ni otro existen; son modos de nuestra percepción. Entiendo por tiempo el pasado, el presente y lo porvenir o anticipación; es decir, tres aspectos de nuestro conocimiento. Por espacio entiendo esto: aquí, allá, en esta o en aquella dirección, y ya veremos más adelante que estas nociones varían según sea el ser que las percibe: lo que para uno es pasado puede ser presente para otro; lo que para mí está «aquí» puede estar allá para vosotros.

Fijémonos en el sol, por ejemplo. Si le seguimos en su movimiento aparente, le atribuiréis posiciones distintas en las diversas horas del día, y designaréis por la palabra «allá» las direcciones sucesivas en que lo percibís. Pero si estuviéseis en el sol, ¿ese allá no se convertiría en aquí? Para nosotros la Tierra es siempre aquí, pero acaso no es «allá» para cualquier habitante de otro planeta? Por lo tanto, lo que para uno es «aquí» para otro es «allá».

Con el tiempo sucede lo mismo. Si es de noche decimos que el sol se ha puesto. Le vimos durante el día, luego dejamos de verlo. Pero los habitantes del sol lo percibirán como siendo «siempre ahora» Para ellos el sol no será nunca una cosa pasada. Así, el presente, el pasado y el porvenir, como la dirección o posición de un objeto, no son cosas en sí; no son sino modalidades de nuestro conocimiento. En realidad, como ya hemos visto, en el Universo no hay más que un Principio único que se nos presenta bajo diferentes aspectos en el tiempo y en el espacio.

Una sencilla figura os lo probará claramente. Tracemos varios círculos concéntricos. El centro representará el Principio o la *Ideación Divina*. Si un ser se hallara en (O), en el centro, es decir, que su sí-conciencia estuviera identificado con la Conciencia Divina, entonces percibiría simultáneamente la imagen del Universo entero; para

él no habría ni dirección ni sucesión, ni espacio, ni tiempo; todo sería para él «aquí» y «ahora». Supongamos luego que un ser manifestado se halle en el punto A del primer círculo. Desde él verá, en una dirección determinada, una parte del panorama de la Ideación Divina. Si cambia de posición, y se coloca en otro punto, B, del círculo, verá en otra dirección, una parte diferente de la Ideación Divina. Y no solamente el cambio de dirección le producirá la idea de espacio, sino que tendrá, además, conciencia del tiempo. Verá como, *después* de haber percibido cierto conjunto de objetos, percibe *ahora* otros. Así conocerá la Ideación Divina, no simultánea sino sucesivamente. En otra posición, C, percibirá una nueva porción del Universo en una nueva dirección, y así siguiendo. Supongamos que con el tiempo recorra toda la circunferencia. ¿Qué habrá visto? El globo central solamente, el panorama de la idea divina, que es todo cuanto puede ver en una revolución completa. Pero la Divinidad, que ocupa el centro, ve exactamente lo mismo; pero lo ve todo de una vez, sin dirección ni sucesión. Y esta es la razón por qué la idea que el ser evolutivo percibe como *círculo* no es más que un *punto* para el Ser central. El punto y el círculo son idénticos; representan la misma *Idea* percibida en condiciones diferentes.

Supongamos ahora que otro ser recorra el

segundo círculo, más distante del centro. También él verá el punto central *sucesivamente*, en diversas *direcciones*. Terminada su revolución, tendrá de igual modo conciencia de lo que está contenido en el globo central. Pero supongamos que este nuevo ser posea una velocidad angular menor que la del primero; entonces habrá necesitado más tiempo para adquirir la percepción completa de la Idea central. Sin embargo, después de todo, el conocimiento de estos dos seres será siempre el mismo, porque los dos ven idénticos objetos. Y como uno y otro han percibido la misma sucesión de objetos, tendrán la misma noción del tiempo transcurrido, mientras que para nosotros que los observamos, este tiempo puede ser muy diferente uno de otro. (1)

Del mismo modo, un tercer observador, colocado en otro círculo más distante, tardará un tiempo inmenso en verificar su revolución, comparado con el del segundo círculo; y, sin embargo, habrá visto exactamente lo mismo, la Idea central, pero bajo la forma de un círculo inmenso. Y éste, como los anteriores, es equivalente al punto central. Y así indefinidamente.

(1) A veces, durante un sueño recorreremos en algunos minutos una serie de acontecimientos para cuya realización se necesitarían años enteros, y como la idea de tiempo la adquirimos sólo por la sucesión de los hechos físicos, nos despertamos con la impresión de haber pasado muchos años.

La órbita infinita y la eternidad para recorrerla, todo viene a ser lo mismo. Lo eterno y lo infinito son idénticos en un punto del espacio y del tiempo. Es decir, que el psicólogo y el matemático tienen que llegar al mismo resultado.

Esta es, pues, la idea esencial que debemos formarnos del Cosmos manifestado. Un punto central único del que todo emana y que nosotros percibimos realmente por medio de una sucesión. Las analogías físicas corroboran este concepto, pues todas las leyes de la Naturaleza son uniformes en su principio. Lo que es verdad para un átomo lo es también para un Universo; sólo difieren las condiciones. Así, en nuestro sistema solar encontramos el sol como centro al rededor del cual giran todos los planetas. El año es para todos ellos el tiempo empleado en verificar una revolución completa. Este tiempo es, *en su esencia*, idéntico para todos, puesto que lo forma la sucesión de las mismas fases. Pero si tomamos un término de comparación, el año terrestre, por ejemplo, vemos cuanto varía según las *condiciones* (distancia) con que se ha recorrido la órbita.

Importa mucho no olvidar el siguiente detalle realmente esencial, y es que mientras más lejos se halle el ser del Principio central, mucho más confusa será su percepción. Los planetas muy distantes del sol sólo perciben un vago reflejo. Y nosotros, en este plano físico, no vemos

más que las sombras y las imágenes confusas de lo Real, tan lejos estamos del Sol central de la Verdad Espiritual.

Si concebís bien la idea general del tiempo y del espacio os será mucho más fácil comprender el proceso de la evolución que trataré de exponeros, primeramente, desde el punto de vista psicológico, el más fácil y el mejor, porque se trata de la Realidad Unica, *consciente*, que Se manifiesta Ella misma.

Pero ante todo, es preciso no olvidar que *la creación* no tiene en realidad ni principio ni fin. Todos los Universos nacen y mueren sucesivamente, y el nuestro no es una excepción a esta ley eterna. Le precedió otro Universo del cual salió al disolverse, y, a su vez, contiene el germen de otro Universo futuro. Este producirá otro, y así siguiendo a través de la doble eternidad del pasado y del porvenir. Estas cosas están fuera de nuestro alcance; pero Los que han llegado a alturas inconcebibles para nosotros, pueden hablar de ellas como si realmente las conocieran. Y su testimonio se confirma con la *ley universal de la alternativa* que ya hemos estudiado. Todo lo que conocemos está sujeto

a la ley de actividad y de reposo periódicos. ¿Por qué había de ser el Universo una excepción?

Este proceso cíclico del Cosmos se llama «*Kalpa*» que significa *Imaginación*; término justo, porque el Universo es verdaderamente la imaginación de Dios. ¿No vimos, por otra parte, en el análisis de los objetos que todo no es más que imágenes e ideas? (1)

Pasemos ahora á exponer el proceso creador. Supongamos el Universo ya manifestado. Cuando llega el período de reposo, el Principio cesa de imaginar, de crear ideas; las fuerzas activas del Universo se neutralizan progresivamente; y, por último, el universo se disuelve. En el lenguaje figurado del sanscrito, «Brahma se duerme». Mientras dura su profundo sueño todo queda en calma, inmóvil, pasivo: nada existe. La noche universal reina sola hasta el despertar de Brahma.

He de hacer notar aquí que el Principio tiene dos *aspectos*:

1.º *Brahman* (neutro) es lo Absoluto, sin atributos, sin relaciones, independiente del Universo manifestado.

2.º *Brahma* (masculino) es el Principio

(1) El Kalpa comprende un ciclo entero, es decir, un período de actividad y un período de reposo consecutivos; o mejor, un *Mavantara* y un *Pralaya*.

primero, creador del Universo y está, por consiguiente, relacionado con él.

Brahman es en realidad el Inefable, Aquel de quien nada se puede decir, y *Brahma* es Dios, el único y primer principio del Universo. Por el solo hecho de ser Brahma el primero no puede ser lo Absoluto, toda vez que «primero» es un atributo designando el primer término de una serie que implica relaciones con los términos siguientes.

Lo Absoluto no se menciona nunca. Cuando se invita a un filósofo indio a que hable de él, contesta sencillamente: ¡eso no! ¡eso no! (1) negando de este modo todo atributo, todo predicado. El Absoluto es inefable, está fuera del alcance de todo pensamiento manifestado.

Esta definición, o mejor, esta *indefinición* de Brahma hace que el espíritu occidental objeto que, puesto que no se le atribuye ningún predicado, Brahma no puede existir. Pero la filosofía India llega hasta negar este mismo atributo de la no existencia. Sólo el silencio puede expresar lo Absoluto.

Dejando, pues, a un lado lo Absoluto, empezaremos nuestra descripción por el Primer Principio, Brahma, a cuyo despertar comienza el Universo:

(1) La Kábala hebráica trata de expresar la misma idea cuando llama al Absoluto «Ain Soph» es decir, *lo que existe negativamente*. (N. D. T. francés)

 BRAHMAN

1. *Brahmâ*: el Señor, la Ley, o el Ser; «Sat» lo Real.
2. *Avidyâ*: el No-Ser.
3. *Mahat*: el Verbo, la Ideación (3^{er}. Logos)

Colocamos a Brahman encima de la línea porque nada puede decirse de él. Luego, Brahma, el Real o Sat, Primer Principio de donde provienen todas las cosas. Es muy esencial recordar aquí que Brahman y Brahma no son más que dos aspectos de una sola y misma cosa. No difieren en *esencia*, como tampoco difieren el círculo engendrado por el carbón encendido y este mismo carbón. Y ya recordaréis la Ley ya mencionada: La Causa permanece idéntica a sí misma después de producir su efecto.

Brahma despierta, pues, al despuntar de Kalpa, y el primer pensamiento que se presenta al Señor es: ¡Nada existe! Antes de pensar en Sí mismo, dirige una mirada a su alrededor y murmura ¡Nada! Esta es una ley psicológica. Si de pronto os despertáis en un desierto, lo primero que llamará vuestra atención es el vacío que os rodea. Esta idea no durará tal vez más que un segundo, pero existe. Y esta misma ley, bajo una forma diferente, incomprensible para

nosotros, obra sobre el Espíritu Divino en su despertar: «lo que está arriba es análogo a lo que está abajo».

El Primer Principio se encuentra, pues, en relación con esta idea: «Nada existe», equivalente al *No-Ser*. Y como El es el *Ser*, *Sat*, en el segundo grado de la Evolución se produce la oposición, el contraste entre el Ser y el No-Ser. He aquí, pues, el binario el + y el -, el masculino y el femenino. Poco importan las palabras. La dualidad está allí. Esta relación del Ser con el No-Ser es indispensable a toda manifestación, cualquiera que sea. Esta relación la encontraréis en todas las cosas, aún en el plano físico. En todas partes dos elementos, dos polaridades, + y -, positivo y negativo. El comienzo de esta dualidad, manifiesta en todo, está en el segundo grado de la manifestación Divina.

Por lo tanto, *Sat-Avidyâ* (1) es la segunda fase del Ser.

Pasemos ahora a la tercera. ¿En qué consiste? Fácilmente lo comprenderéis siguiendo la ley psicológica general, que trataré de aplicar aquí

(1) *Avidya* es la forma nominal de un verbo que significa: *no existe*, y al mismo tiempo: *no es conocido*. «*Vidyate*» significa a la vez *existe* y *es conocido*. Esta digresión filológica puede no tener importancia para vosotros, pero si os fijáis en ella comprenderéis que *saber* y *ser* son términos convertibles. Las vibraciones existen, pero el verdadero *ser* del objeto percibido es el *conocimiento* que tenéis de ellas.

para probaros que el Indo no cree en nada sobrenatural ni milagroso, es decir, en nada que se halle por encima de *toda ley*. Los términos «milagroso» y «sobrenatural» no se hallan en el vocabulario del filósofo. La ley psicológica esclarecerá debidamente esta cuestión. Si nos fijamos en que el Ser ha vivido, producido y conocido un Universo en las edades pasadas, y que ahora medita sobre esto: ¡Nada existe! es evidente que su primer movimiento será el *recuerdo* de las cosas pasadas, es decir, la resurrección en su divino Pensamiento del Universo desaparecido. Suponed que os dormís en una gran ciudad, rica y gloriosa, llena de vida y de movimiento, y que durante vuestro sueño desaparece convirtiéndose en un árido desierto. Al despertar, vuestro primer pensamiento será: ¡Nada existe! pero un momento después pensaréis en la gran ciudad en donde os dormisteis. Pues lo mismo habrá de suceder respecto a la Divinidad que piensa en el no-ser del Universo. Esta idea despierta en ella el recuerdo de lo pasado, recuerdo cuyo nombre es *Mahat*, el grande, lo que no tiene fin. Pero un estudiante de la filosofía india sabe que, por otra parte, *Mahat* significa *Ideación*. *Mahat*, el arquetipo del Universo presente, no es otra cosa que el recuerdo de los Universos pasados. En los Puranas se le llama «*Sesha*» «los restos del pasado» o bien «*Ananta*» los restos sin fin del

pasado. Esta es la causa de la variedad que se manifiesta en el Universo. La cuestión de saber cómo lo Uno produce la diversidad, por qué el Unico engendra toda la multiplicidad de formas, presupone la idea de que el Universo actual es la primera creación y de que hubo un tiempo en que no existía, y que, por lo tanto, si proviene de lo Uno debe haber en él alguna causa que justifique la diversidad que vemos por todas partes. Pero si admitimos que la serie de los Universos no tiene principio ni fin, comprenderemos que la variedad del Universo actual resulta de la variedad de los Universos pasados, y que el germen de la diversidad se halla, de un Kalpa a otro, en el recuerdo del pasado, o *Mahat*.

Estos tres principios: *Brahmî*, *Avidyî* y *Mahat*, son la triple manifestación del Unico. En la literatura teosófica se les ha dado el nombre de Primero, Segundo y Tercer Logos. Esta palabra *Logos*, o Verbo, se ha tomado del griego. La vemos usada en el cuarto evangelio: «En el principio era el Verbo...» Estos tres *Logoi*, o tres personas de la Trinidad, según la teología cristiana, aparecen, pues, en la filosofía India bajo la forma que acabo de exponer. Si se exceptúan los nombres y la forma, no hallamos ninguna diferencia entre estos dos conceptos. La trinidad es, por lo tanto, una idea profundamente filosófica, no bajo la forma que le da la Iglesia

ignorante, sino bajo su forma metafísica y racional. Algo semejante hallaréis en el Antiguo Testamento: «Y el soplo de Dios se movía sobre la faz del Abismo *de las aguas*» Ya comprenderéis que el abismo corresponde a *Avidyâ*, o al No-Ser, pues a este segundo principio se le llama las Aguas en otros muchos simbolismos. En los Puranas lo encontramos con el nombre de *Karanava: agua de todas las causas*.

No me es posible entrar en la comparación de los diferentes sistemas, pero es fácil ver que en todos se encuentra la misma idea bajo formas diferentes. Toda la dificultad consiste en conocer el punto de vista en que se han colocado las diversas religiones, punto de vista psicológico, matemático, etc., y una vez conocido, todo lo demás se deduce lógicamente. Ya sabéis que la Trinidad Egipcia se compone de Osiris, Isis y Horus, y que la Cristiana primitiva se componía de Padre, Madre é Hijo. En la filosofía India, Brahmâ es el Padre, Avidyâ (femenino) la Madre, y Mahat, el hijo. El principio femenino es la base virtual de toda manifestación (1). En todas partes encontraréis estos tres principios, pero, sobre todo, es manifiesta la naturaleza del

(1) Este principio femenino es el creador del Universo. El es quien conserva y reúne todas las cosas. Sin la mujer no existiría la sociedad. Siempre veréis que en todas partes el principio femenino es, a la vez, el más fuerte y el más delicado. Obra sin ruido, pero obra continuamente. Sabe sufrir y quedar

tercero, ya que lo que es una cosa, en tanto que cosa, a él se lo debe, porque él produce la idea y sólo la idea hace actualmente posible las cosas.

Nota.—Los dos principios superiores a *Atmâ*, en el Hombre, y que no mencionamos en la primera conferencia, corresponden a *Brahmâ* y a *Avidyâ*, y se les puede llamar también *Purusha* y *Avyakta* (o *Prakriti*). *Atmâ* corresponde a *Mahat*. Pero la distribución entre *Purusha*, *Avyakta* y *Atmâ* es para nosotros actualmente imposible. Sin duda son los «tres en uno y uno en tres» de que habla el Símbolo. (Su unidad forma una tetrada o cuaternaria). En fin, para nosotros *Atmâ* es una tri-unidad, y puede representarse por un triángulo.

silencioso. En el mismo plano físico observaréis que el hombre que sufre pregonar su dolor por las calles, mientras que la mujer en el hogar sufre sin desplegar los labios. Pero ¡desgraciados los que la hacen sufrir! Manú dice que «los dioses no aceptan su ofrenda en el hogar en que no es venerada la mujer.»





Del proceso de la Manifestación universal. (Continuación)

DE LA REENCARNACIÓN

CONTINUEMOS nuestro estudio de la evolución cósmica. Arduo es y difícil, y muy pocos pueden llegar a comprenderlo. Así es que seremos breves indicando sólo las principales etapas del proceso creador. Ya vimos que, dejando a un lado lo Absoluto, la Divinidad se manifiesta bajo tres aspectos: *Sat* el Ser, *Avidyâ*, el No-Ser; (o mejor, la dualidad del Ser y del No-Ser) y *Mahat*, la Ideación, o renacimiento de la memoria del pasado. Este tercer principio expresa la Trinidad y puede considerarse como si sintetizara en El Ser, el No-Ser y la resultante de su mutua reacción.

Notad que el Ser no ha pensado aún en sí mismo. Su conciencia se ha trasladado, por decirlo así, toda al exterior. Del primer pensamiento: «Nada existe» pasa naturalmente al segundo: «Tal cosa existía» Una vez establecida la asociación por el recuerdo de lo pasado, la atención del Ser se refleja sobre Sí mismo, y brota entonces su tercer pensamiento: «*Yo existía* antes y *existó* ahora.» La idea de «Existo» ha nacido del recuerdo de las existencias pasadas, y se llama «*Ahankāra*,» sí-conciencia del Universo, o literalmente: «el principio formador del *Yo*.»

Esta ley puede observarse también en los niños. Los que han estudiado su psicología saben cómo evoluciona la sí-conciencia hasta entonces latente. En primer lugar, el niño percibe los objetos exteriores por la acción que ejercen sobre sus sentidos; luego refiere a sí mismo la conciencia que tiene de estos mismos objetos, y entonces es cuando se revela realmente la conciencia. Un proceso semejante se observa en el Gran Ser del Universo, cumpliéndose de este modo la ley de la analogía universal.

Por consiguiente, desde el momento que este gran «Ego» despierta, se distingue él mismo de los recuerdos que percibía. Las ideas evocadas por esta conciencia de sí, o *Ahankāra*, se presentan a ella ahora como siendo *su* contenido, *sus* objetos. De este modo se produce el

quinto principio o quinto plano del Universo, llamado *Tannatra*, o también *Manas* (*Ahankara* se llama también *Buddhi*). Se ve, pues, que los cinco primeros planos de la Evolución cósmica proceden sucesivamente uno de otro.

Notemos que *Manas* no es más que la inversión de *Mahat* respecto a *Ahankara*.

Tenemos, pues:

- | | | | |
|---|-----------------|-------|--------------------|
| 1 | <i>Sat.</i> | . . . | El Ser |
| 2 | <i>Avidya</i> | . . . | Ser,—No-Ser. (+,—) |
| 3 | <i>Mahat.</i> | . . . | La Ideación |
| 4 | <i>Ahankara</i> | . . . | La Sí-conciencia |
| 5 | <i>Manas.</i> | . . . | La objetividad |

Después de haber producido la Sí-conciencia, *Mahat* se convierte en el objeto de ella y toma el nombre de *Manas*.

A mi parecer, esta objetividad puede compararse a la Virgen-Madre del Simbolismo Cristiano. La idea de la Virgen y de la Inmaculada concepción es, en el fondo, muy filosófica; pero en esto, como en todo, una vez perdida la clave de los símbolos religiosos, degenerando cada vez más su interpretación en manos del dogmatismo ignorante, no tardó en materializarse completamente. La idea de la Virgen-inmaculada era conocida mucho antes de Cristo. En los Upanishads se explica la producción de este principio madre por la división del *Ahankara* en dos: el sujeto y el objeto. Luego se menciona la parte objetiva como «la *Gran Esposa* que llena

el espacio entero», queriendo significar de este modo la sustancia cósmica, la materia virgen. Luego, esta materia objetiva recibe la impresión del elemento subjetivo, de *Ahankara* propiamente dicho, principio activo de la naturaleza, y el movimiento torbellinal que resulta engendra todos los torbellinos del Universo. Esta es, si no me equivoco, la idea original de la Inmaculada concepción: el Espíritu Santo, el gran soplo (*pneuma*) produciendo el movimiento en la materia cósmica.

Con estos cinco principios se han manifestado cinco planos del Universo. Los dos planos superiores, sólo indicados al principio, pueden considerarse, con relación a nuestro sistema solar, como los planos del *Padre* y de la *Madre* (o del Padre y del Hijo, desde otro punto de vista). El tercero (*Mahat*) puede llamarse el plano del *Cristo perfecto*. El cuarto (*Buddhi*) corresponde al *Cristo niño* que nace en el corazón del hombre (*Manas*). La completa significación de todo esto sólo puede ser comprendido por aquellos que han estudiado a fondo la cuestión. El «nacimiento de Cristo» en el corazón del hombre significa realmente el nacimiento del principio Búdico en el hombre, que desde entonces se convierte en *Iniciado* para distinguirlo del hombre vulgar.

Tenemos ahora el sujeto y el objeto frente a frente. Sigue después naturalmente la consecu-

ción del objeto (1) que implica en la naturaleza la evolución del principio del *Deseo* «*Kama*», de la emoción y de la sensación, que corresponde al plano Astral, sexto del Universo manifestado.

En fin, después del *deseo* viene la *posesión*. Cuando el sujeto se posesiona del objeto y se identifica con él se produce una criatura definida, nace una especie. Continúa entonces su evolución diferenciándose cada vez más, gracias a la *ley de las manifestaciones reiteradas* que voy a daros a conocer en este momento. En su sentido más general podemos llamarla *Ley de remanifestación*, y aplicada especialmente al hombre se llama *Ley de la reencarnación*, que es preciso que comprenda bien todo el que quiera estudiar la filosofía universal.

Sea cual fuere el punto de vista en que nos coloquemos, siempre hallaremos en la Naturaleza una tendencia continua hacia la diferenciación y subdivisión. Todo cuanto ha producido la Unidad primera, se subdivide hasta llegar al último límite de la diferenciación, en el hombre individual.

(1) Omitimos muchas fases intermedias para limitar la cuestión a un simple bosquejo.

Este proceso es visible en el mismo plano físico. Los que se atienen a la teoría de las nebulosas nos dirán, tal vez, que todo lo que conocemos de este plano existía antes en forma de nebulosa, vasta masa homogénea, niebla flotante en el espacio cósmico. A medida que estas nebulosas se condensaban comenzaron a diferenciarse para formar la variedad casi infinita de nuestro mundo material. Todo cuanto nuestros sentidos perciben aquí abajo proviene de la sustancia única de la nebulosa primitiva, que, al condensarse, produjo el sistema solar.

Pero considerada la cuestión filosóficamente, lo que se diferencia no es la forma, sino la *idea* que la produce y anima. Al espíritu occidental, sobre todo, le es difícil comprender bien este punto; aunque Schopenhauer no está tan lejos de nosotros y puede prestarnos su valiosa ayuda. Ya recordaréis que para él las especies estaban todas animadas de una idea, e idea era para él toda fuerza física, como, por ejemplo, la gravitación. Es muy digna de notarse su teoría de los «grados de voluntad». Todas las cosas provienen, a su parecer, de la voluntad primordial; luego, esta voluntad se subdivide en grados, que son en realidad verdaderas ideas. Y dice, si no me equivoco, que cada una de estas ideas es el substratum de un género particular de manifestación. Esta idea es, pues, la que se divide y subdivide, y es el substratum y, por decirlo así,

el *Alma* (1) *común* de la especie, de la cual es manifestación más o menos completa cada uno de sus individuos. Pongamos un ejemplo cualquiera: una manada de carneros. No hay duda que todos están animados de un alma común; no poseen, como el hombre, un alma individual persistente, sino que la totalidad de la manada recibe la vitalidad de una substancia común. Esta substancia, esta alma, o este principio, se manifiesta total y no parcialmente en cada uno de los animales.

Repito que este proceso no es muy fácil de comprender, pero puede formarse de él una idea si se han comprendido bien las leyes generales de la manifestación cósmica. Se trata en realidad de dos planos diferentes, de dos espacios en que difiere el número de dimensiones. Es muy posible que una cosa única y común en un espacio de cuatro dimensiones se manifieste bajo diversas formas, y totalmente bajo cada una de ellas en un espacio de tres dimensiones. Quizás comprenderán esto los que conozcan las matemáticas, pero dudo que sean capaces de explicarlo.

Desde el punto de vista psicológico procuraré demostraros por medio de algunos ejemplos

(1) Empleo la palabra alma, no teniendo otra mejor, para designar simplemente un *principio animador* colectivo, no una entidad inteligente como el alma humana.

que una sola y misma idea puede manifestarse bajo formas diferentes y totalmente en todas partes; pero antes desearía que admitierais, aunque no sea más que provisoriamente, que toda idea es una realidad tangible, que cada uno de nuestros pensamientos posee una forma particular, que existe en el plano que le es propio y está sometido a leyes de tiempo y de espacio diferentes de las que conocemos. Si pudiérais ver los objetos de este plano por medio de la clarividencia sabríais que cada pensamiento posee una forma tangible que puede verse. Claro que las pruebas sólo podéis hallarlas en vosotros mismos, pero, mientras tanto, podemos admitir el hecho.

Veamos ahora lo que pasa en un artista, en un pintor, por ejemplo. Cuando pinta un cuadro no hace más que expresar una idea suya considerada como un todo. Supongamos que reproduzca el mismo cuadro un cierto número de veces. La manifestación de la idea se habrá multiplicado, pero la idea en sí misma se hallará toda entera en cada una de las reproducciones.

Se nos presentará otro ejemplo en una madre verdaderamente buena y cariñosa. Tiene un hijo y lo quiere con toda su alma. Da a luz un segundo hijo y su amor maternal es el mismo. ¿Habrá disminuido por eso su afecto por el primero? Muy al contrario. Su amor se manifies-

ta ahora en dos objetos en lugar de uno solo, pero siempre como un todo completo. Aumentad el número de sus hijos. Si es una verdadera madre, su amor será siempre el mismo, y en nada habrá disminuido el que profesó al primero. He aquí un principio psicológico de manifestación múltiple, que se revela totalmente en cada una de sus manifestaciones.

Los filósofos indos han expresado la misma idea por medio de una analogía. Colocad varios vasos llenos de agua en reposo unos al lado de otros. Pues bien, el mismo sol único se refractará en todos ellos. Del mismo modo, un alma común única puede reflejarse como un todo en cada representante de una especie.

Tal es el caso del rebaño de carneros a que hace poco nos referíamos. Quizás fuera ésta la razón que tuvo Cristo para escoger la siguiente imagen: «Yo soy el buen pastor y vosotros, mis ovejas.» Paréceme que quería indicar con esto que sus mismos discípulos tienen un alma común con El. Y que en El deben ellos ser Uno, como las ovejas en su alma común.

Ahora podremos comprender como se diferencia gradualmente en la evolución universal esta alma común de todas las cosas. En el principio no hay más que un Todo único, el Gran Sí mismo. Y esta unidad se diferencia cada vez más, dividiéndose y subdividiéndose cada alma general en almas cada vez más particulares.

Esta diferenciación se produce *por la acción de los agentes exteriores sobre las formas*. (1) Consideremos una especie vegetal. Está dotada de una vida común a la que puede llamarse Alma vegetal. Tomad algunos ejemplares de la especie y colocadlos en condiciones completamente distintas de aquellas en que vive la especie madre en su estado normal. Estas nuevas condiciones tendrán que ejercer una influencia determinada en el alma de la especie manifestada por estos ejemplares, y hasta tal punto que se puede romper el hilo que los une a los demás de su misma naturaleza. De esta manera habréis creado un alma colectiva secundaria que ya no puede asimilarse al alma general de la especie. En otros términos, habréis formado una nueva especie, salida de la precedente.

Esta misma idea puede expresarse bajo otra forma si recordamos que en el fondo de todas las cosas sólo hay un simple fenómeno de vibra-

(1) Ya se verá que todo *ser* es al mismo tiempo *vida* y *forma*. La *vida* es lo que evoluciona al diferenciarse, mientras que la *forma* no es más que el instrumento momentáneo de esta diferenciación, instrumento indispensable sin el cual *la vida no podría* ponerse en contacto con los agentes exteriores. Desde que una forma ha realizado su destino, se deshace y muere. Y la vida, para continuar su evolución, debe manifestarse bajo una nueva forma. Por consiguiente, los agentes exteriores, obrando sobre las *formas pasajeras* producen la diferenciación y permiten la evolución de la *vida continua* animadora de las formas.

ción. Considerad, por ejemplo, la vida de una especie como un modo particular de vibración. Cuando tomáis varios individuos y los obligáis por la fuerza a someterse a un modo de vibración diferente, quedarán por esto mismo separados de la especie madre, y formarán el tronco de una nueva especie. De modo que *la diversidad de condiciones* a que están sometidas las especies es la que diferencia constantemente la vida que es el substratum de esas mismas especies. Y esta diferenciación se continúa a través de los tres reinos inferiores hasta producir el *hombre*.

A partir de este punto, cada ser está constituido por un alma propia, o *individualidad* humana, que prosigue con toda independencia su evolución, manifestándose en distintas ocasiones bajo una serie de formas o *personalidades* cada vez más perfectas, según el grado de progreso que haya realizado el *individuo* (1). Este es el último límite de la subdivisión. Puede decirse que *cada hombre es en sí mismo una especie*.

El hombre aparece al principio en estado salvaje, a penas superior al animal, y hasta puede ser que inferior en apariencia. Como

(1) La *individualidad* o alma humana, no es más que el «*Manas superior*», de que ya se ha hablado en el capítulo I. La *personalidad* se compone de los cuatro principios inferiores. (N. D. T. francés)

verdadero individuo, no existía en el reino animal. Pertenecía por completo a la vida común de una especie. Pero, gracias a condiciones especiales, se diferenció separándose de los demás. Durante algún tiempo continuó manifestándose como animal diferenciado hasta que surgió de pronto bajo la forma humana. Todos sabemos que el hombre modifica continuamente el tipo de los animales (los perros, por ejemplo) colocándolos bajo la acción de determinadas condiciones. Estos animales, después de algunas reencarnaciones independientes, se hallan preparados para manifestarse bajo la forma humana si encuentran organismos humanos bastante primitivos para recibirlos. Pues bien, sin duda os sorprenderá no poco saber que un perro inteligente, al pasar a nuestra especie, puede aparecer más brutal que antes. Todas las nobles cualidades del perro desaparecen en el hombre primitivo. Pero sólo se eclipsan por algún tiempo: siguen viviendo en estado latente.

Una de las principales razones que explican este retroceso aparente es que la suma de inteligencia que basta para las necesidades de un cuerpo animal es por completo insuficiente para la vida de un cuerpo humano. De aquí el retroceso mencionado, *retroceso que se produce en todos los puntos de transición* de la escala de los seres. Así, las plantas de más alta evolución presentan todos los signos de una gran sensiti-

vidad, adquieren mucha experiencia (comparativamente) y la vida que las anima debe pasar, por grados, al estado de vida animal. Todos los sabios admiten que es muy difícil trazar la línea que separa a los dos reinos. Pero si se logra trazarla, veréis que el animal rudimentario es inferior, por muchos conceptos, a la planta de un desarrollo superior. La razón es siempre la misma: la suma de energía que basta para regir armoniosamente la planta de más elevada evolución, conseguirá, a lo sumo, mantener el equilibrio de las funciones en el animal rudimentario. Progresión y regresión alternativas: tal es la ley cíclica. La observamos en el Universo entero. Se cumple en la Humanidad, en las naciones y en los individuos. En otro tiempo fueron los hombres más virtuosos. Hoy lo son mucho menos. Pero vendrá día en que serán más virtuosos que nunca, con nuevas cualidades adquiridas. A causa de esta misma ley es por lo que la vida animal de más alto desarrollo se manifiesta luego bajo la forma de humanidad rudimentaria y salvaje.

Pero aún debo insistir sobre un punto fundamental ya mencionado más arriba. Los que han oído hablar vagamente de la doctrina india de la Reencarnación, se figuran que, para nosotros, el hombre individual, tal como es hoy, debió existir como animal en el pasado. De ningún modo. El hombre, como individuo, no ha sido

jamás un animal. La vida individualizada que ahora le anima, formó, en otro tiempo, parte de un todo común, de la vida de una especie. Y, precisamente por el hecho mismo de su individualización, es por lo que se apartó definitivamente del reino animal. La individualidad es, por lo tanto, la diferencia esencial entre el hombre y el animal. Los animales de una misma especie obran todos de una manera análoga en las mismas circunstancias, a menos que ya no se encuentren en vías de individualizarse. Por el contrario, cada hombre obra a su manera, de tal modo, que diez individuos, en las mismas circunstancias, pueden determinarse de diez modos diferentes.

Pero si no *hemos* sido animales, no por eso es menos cierto que *hemos* sido salvajes. Por muy orgullosos que estemos hoy de nuestra civilización, hubo un tiempo en que vivíamos como unos Papúes, saboreando sin escrúpulo la carne de nuestra legítima esposa. Desde entonces, nuestra vida ha evolucionado gradualmente siguiendo la ley universal de remanifestación, que toma aquí el nombre de *Reencarnación*.

Termino con algunas palabras de introducción al estudio de la Reencarnación, estudio que desarrollaremos en nuestra próxima conferencia. He aquí la ley fundamental que podemos deducir de todo cuanto precede: *En todas partes la forma se desvanece, pero el alma o la*

vida que la animaba reaparece, o se manifiesta bajo otra forma. De este modo se conserva, a través de la evolución del ser, la continuidad de las experiencias adquiridas.

Por lo que hace al reino animal esto se concibe fácilmente. Cuando, por ejemplo, muere un carnero, la vida, o la fuerza que lo animaba, no muere con él. Vuelve, o mejor, *permanece* en la vida común de la especie, con todas las experiencias adquiridas, gracias a esta manifestación particular. *Estas experiencias forman los instintos de la especie.* Suponed que cierto número de carneros hayan sido arrebatados y muertos por las águilas. La vida de la especie ha adquirido esta experiencia y la ha conservado. Y cuando después de ésto aparece una nueva vida, es decir, cuando nace un corderillo, nace con el instinto de la especie: *teme al águila.* Esto no es más que el recuerdo de una experiencia pasada, recuerdo conservado por el alma común de la especie. Por lo tanto, sólo la forma puede perecer; la vida reaparece bajo otras formas. La forma se destruye, la vida evoluciona. La muerte, en el sentido de un aniquilamiento, no existe. Por todas partes, el cambio universal y continuo.

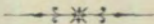
Pero lo que, desde un punto de vista, es *vida*, puede ser *forma* desde otro punto de vista. *Todo ser, como forma, desaparecerá, pero como fuerza o vida, continuará siendo.*

Tomemos como ejemplo el cuerpo humano. En él, la *forma* más grosera es esta materia sólida, líquida, gaseosa, que todos percibimos. Esta forma se halla directamente animada por una *fuerza* que es la vida vegetativa, el elemento etérico. Este elemento es *vida* con relación al cuerpo grosero. Destruid la combinación de los elementos groseros: el elemento etéreo sobrevivirá. Y, aunque esta supervivencia no es de larga duración, no por eso deja de ser menos real para el vidente.

El doble etéreo es, pues, *vida* con relación al cuerpo grosero, pero sólo es *forma* con relación al principio siguiente: el cuerpo astral. El doble etérico se dispersa y el astral sobrevive. Cuando el astral se disipa, a su vez, el mental persiste como vida, y así sucesivamente. El mismo elemento es, al mismo tiempo, *vida* y *forma*, vida del inferior y forma del superior. Porque todo es vibración en el Universo, y ninguna diferencia esencial existe entre los principios. Son vida o forma, varón o hembra, positivo o negativo, según el punto de vista en que nos coloquemos. Cuando una vibración cesa, otra más sutil continúa. De arriba a abajo en la escala: *la forma se desvanece y la vida persiste* (1)

(1) Aquí está la clave del problema del sufrimiento, que proviene siempre de que el ser, que es a la vez vida y forma, identifica sin razón su «yo» consciente con la forma y no con la vida.—Se hallará el desarrollo de este asunto, como de los

Tal es la idea fundamental sobre que descansa la doctrina de la *Reencarnación*.



demás de que aquí tratamos, en la admirable obra de Annie Besant: *The Ancient Wisdom* (Londres. Theosophical Publishing Society, 26. Charing Cross.) Esta obra se está ya traduciendo.



De la Reencarnación (*continuación*)

PROSIGAMOS el estudio de la Reencarnación.

Hemos visto que la Naturaleza se subdivide continuamente hasta alcanzar el maximum de la diferenciación en el hombre individual, que se manifiesta al principio en estado salvaje. Nos queda que ver ahora cómo se desarrolla este hombre salvaje y cual es el objeto de su larga peregrinación.

Antes que todo, permitidme repetiros, para fijar bien las ideas, que en tanto que el Manas superior, o *cuerpo causal*, no ha evolucionado, no hay hombre. Hemos ya visto que, al principio, el principio Divino se envuelve cada vez

más hasta producir la materia física, que es su punto de mayor latencia. Luego, cuando el elemento etérico se manifiesta y se hace aparente, tenemos el reino vegetal. El principio astral, o *Kama*, liberado a su vez, produce el reino animal, en cuyos grados superiores los gérmenes de la actividad mental (intelecto o *Manas* inferior) comienzan, en fin, a desarrollarse. En este momento se produce un fenómeno muy notable. Cuando dos cargas eléctricas contrarias se acercan gradualmente una a otra, llega un momento en que la resistencia del medio queda vencida: la chispa brota y las dos cargas se combinan. Del mismo modo, cuando en su evolución el polo de la vida animal alcanza su último límite superior por el despertar del *Manas* inferior, una corriente espiritual desciende del plano Búdhdico, y su conjunción con el *Manas* inferior produce la chispa, el *Manas* superior, o *cuerpo causal* del Hombre.

En el momento de su aparición, el cuerpo causal no es, por decirlo así, más que un germen: el germen de la individualidad, observable, sin embargo, por el vidente de orden superior. En todo caso, el hombre primitivo no es consciente en este plano. Su cuerpo causal será para él, durante mucho tiempo, la trama invisible y desconocida sobre la cual se desarrollarán sus existencias. El mismo sigue siendo esencialmente un animal. Su conciencia funcio-

na, al principio, por completo en la región astral, el plano de los deseos, de las pasiones, de la concupiscencia. Sólo se mueve para satisfacer sus necesidades, y en sus movimientos instintivos choca a cada instante con la naturaleza exterior y recibe sacudidas violentas. Sólo le conmueven los placeres y los dolores brutales. Su cuerpo astral procura disminuir los choques y los sufrimientos. Gradualmente se adapta a las reacciones exteriores, y así es como el principio *Kamico* evoluciona en el hombre. Hasta ahora éste no tiene más que muy pocas ideas. Apenas recuerda lo que le sucedió el día antes. Y como casi no tiene noción alguna del pasado no piensa en el porvenir. Con tal que sus apetitos estén satisfechos, no se inquieta por el mañana. Contento y harto, duerme pesadamente, o se entrega a cualquier placer bestial. De cuando en cuando siente hambre y sed, y lentamente, brota en su cerebro la idea de que antes comió y quedó su hambre apaciguada. Este recuerdo excita su actividad y le obliga a ir en busca de alimentos.

En cuanto al mental, progresa muy lentamente. Dos o tres ideas, que el hombre compara entre ellas, constituyen toda su riqueza intelectual. Así es como ha evolucionado en él una mentalidad de orden inferior. Por consiguiente, en estos primeros días, el hombre organiza gradualmente su cuerpo astral y su *Manas* infe-

rior. También su cuerpo se modifica poco a poco, según las circunstancias. Pero todo este proceso es de una lentitud extraordinaria. El hombre se deja llevar en el océano de la vida sin ninguna idea directora, sin ningún pensamiento definido. ¿Cómo esperar que progrese rápidamente? Toda su existencia terrestre se emplea en adquirir dos o tres ideas. A través de los días y las noches la ley de actividad y de reposo gobierna su vida. Luego, viene un tiempo en que el *periodo activo* de su ciclo toca a su fin, según la ley universal de las alternativas (1). Suena la hora del reposo y el hombre muere. Como ya sabéis, la muerte consiste en la extracción del doble-etérico. Este queda, a su vez, separado, y el hombre permanece en el Astral,

d (1) Durante el periodo activo, el cuerpo causal (el Hombre verdadero) proyecta sus energías en encarnación en los planos inferiores. En el periodo pasivo, las retira gradualmente hacia él para asimilar las *experiencias* adquiridas y transformarlas en *facultades* activas, gracias a las cuales podrá, en la encarnación siguiente, adquirir nuevas *experiencias* de orden más elevado. Estas experiencias pueden compararse a las mercancías que, en sus viajes, compra un negociante para realizarlas después y convertirlas en *oro*, es decir, en *facultad* de adquirir nuevas mercancías. Así se enriquece el alma hasta la completa terminación de su ciclo humano. Esto nos ayudará a comprender como el recuerdo de las encarnaciones precedentes subsiste en el hombre ordinario bajo las formas de facultades, de predisposiciones innatas, etc. y no bajo formas de hechos distintos. (N. D. T. francés.)

o *Kama-loka*, hasta el agotamiento de sus actividades sensuales. Luego viene otro periodo en que sufre un reposo más profundo y, a su vez, se disgrega su cuerpo astral. Ha dejado ya, pues, tras sí tres cuerpos. Si tuvo un pensamiento noble cualquiera, lo que no es muy probable en este grado de su evolución, conserva de él un vago recuerdo en su *Manas* inferior. Se halla entonces en su cielo. En fin, este *Manas*, rudimentario aún, se disipa pronto y el hombre llega a su verdadera morada, que es la región del *Manas* «arûpa», o Cielo superior. Este es su verdadero lugar como ser humano. Pero mientras llega a este estado, el hombre, en sus comienzos, es del todo inconsciente. Porque la conciencia en un plano cualquiera depende de la actividad desplegada en este plano durante la vida. Y en el individuo de que aquí se trata, esta actividad, en el plano del pensamiento abstracto, es idénticamente nula. Por consiguiente, el hombre primitivo, no habiendo ejercitado durante su vida las actividades de su *Manas* superior, es en absoluto inconsciente en el plano correspondiente del Universo. En dos reinos superiores del Cielo no vive sino como germen (1)

(1) Es preciso no olvidar el hecho de que lo que no se comienza durante la vida no puede comenzarse después de la muerte. La opinión de que la muerte iguala a todos y de que

Este estado de inconsciencia se prolonga algún tiempo, y, luego, llega el período activo del ciclo individual. Se manifiestan entonces algunos movimientos espontáneos, algunas manifestaciones del cuerpo causal, y, obrando sucesivamente en la sustancia del plano Manásico inferior, organiza alrededor del ser un nuevo cuerpo mental. Este nuevo *Manas* intelectual está formado según la resultante del de la vida precedente, resultante que se conserva bajo la forma de *facultad* en el cuerpo causal después de la dispersión de la sustancia intelectual. Así, el nuevo Manas inferior no será de pronto el de un gran genio; será sencillamente el árbol de la semilla sembrada en el pasado. Estas actividades mentales, muy rudimentarias aún, se transmiten gradualmente al plano astral, o en otros términos, la actividad del ser pasa del reino del pensamiento al del deseo, y un nuevo cuerpo astral se forma según las facultades que resultan del cuerpo astral precedente. Luego,

todos van a un reposo eterno en una morada ideal en la que todos gozan de la misma felicidad, es sencillamente absurda. Los crecimientos súbitos no existen en el Universo: «*Natura non facit saltus.*» Cada parte de nuestra naturaleza se desarrolla solamente por lentas y pacientes actividades. La idea de la muerte igualadora, de la «gran niveladora», puede parecer agradable a los que pasan la vida comiendo, bebiendo y durmiendo; pero se exponen a llevarse una gran decepción al llegar a la otra orilla.

las fuerzas selectivas del Universo (o sus agentes) forman un molde etérico apropiado al individuo. Este doble etérico obra en el seno de la madre, organiza la materia grosera del cuerpo humano, y, gradualmente, el Ego toma posesión de ese cuerpo por el intermedio de las envolturas mesánica y astral (1)

Pero el ser rudimentario que aquí consideramos está aún muy poco desarrollado. De hecho, a penas si hay una diferencia apreciable entre la primera encarnación y la segunda.

De este modo, el hombre evoluciona poco a poco, de encarnación en encarnación, perfeccionando gradualmente sus cuatro vehículos inferiores. Y, cuando al fin llega a ser capaz de comprender los pensamientos abstractos, el *Manas* superior, hasta entonces en estado de germen, comienza a desarrollarse activamente en su propio plano. Lo que se reencarna y se perfecciona de una a otra vida es el cuerpo causal, es decir, el Hombre verdadero, conteniendo ya *Atmâ* y *Buddhi*. Los cuatro principios inferiores se reforman en cada encarnación. Pero este cuaternario inferior es la *personalidad*,

(1) El alma del niño no toma por completo posesión del cuerpo sino a la edad de siete años. Hasta llegar a ella el niño vive, en parte, en el plano astral. Por esta razón es por lo que ve y oye muchas cosas que nosotros no percibimos. Pero cuando cuenta sus cándidas visiones, los padres le riñen, le prohíben que «mienta», y, poco a poco, desaparece el poder de observación en el mundo trascendente.

es el hombre tal como lo conocemos y tal como generalmente se conoce a sí mismo. Este hombre no se reencarna. Tom Jones, en su completo inglés, no se encontrará, tal como es, en la otra vida. No solamente la remanifestación de su *Ego* verdadero podrá tener lugar en otro medio, en otro país, sino que hasta podrá realizarse en otro sexo. Sólo el cuaternario inferior es sexuado. El cuerpo causal, por el contrario, manifestándose en los planos inferiores del Universo, a través de una larga serie de *personalidades* variables, ya masculinas, ya femeninas, desarrolla en sí mismo, gracias a la diversidad de las experiencias adquiridas, dos clases distintas de virtudes. Todas las virtudes más varoniles, más enérgicas, el valor, la bravura, se desarrollan por las encarnaciones masculinas. Las virtudes más blandas, más tiernas y, al mismo tiempo, más silenciosas y más fuertes son el fruto de las encarnaciones femeninas. El hombre perfecto es el que ha adquirido gradualmente todas las virtudes del hombre y de la mujer: es fuerte como él y tierno como ella. El que no ha desarrollado en sí mismo más que un solo aspecto de la naturaleza humana, puede estar seguro de que aún está muy lejos de su fin. (1)

El *Manas* superior se modifica continuamente

(1) «Porque en el momento de la resurrección no habrá ni maridos ni mujeres, sino que seremos como son los ángeles de Dios en el cielo.» (S. Mateo. XXII. 30)

te. Crece y se desarrolla a través de la larga serie de encarnaciones. El alma humana no es, pues, una cantidad constante. Al contrario, el proceso que describimos tiene precisamente por objeto su formación y su crecimiento. Pero, a pesar de sus cambios, conserva su *identidad* y su *continuidad* a través de todas las encarnaciones humanas. No se disipa jamás, como sucede con los cuatro principios inferiores, durante todo el tiempo que el hombre es hombre. Pero cuando el ser pasa a los reinos angélicos, después del cumplimiento de su ciclo humano, puede abandonar y renovar su *Manas* superior, del mismo modo que abandona y renueva, en tanto es hombre, sus vehículos inferiores.

El tiempo transcurrido entre dos encarnaciones es muy variable. Depende por completo del empleo que el hombre ha hecho de su vida terrestre. Como ya hemos visto, nada puede empezarse después de la muerte. Los períodos del purgatorio y del cielo no son más que la realización de las energías acumuladas en los diversos principios de nuestro ser consciente *durante la vida*. El hombre que no hubiera desplegado ninguna actividad psíquica o mental podría reencarnarse inmediatamente. Pero por lo que hace al hombre intelectual de nuestros países, el período medio entre la muerte y el nacimiento podrá ser de unos 1.500 años terrestres. Evidentemente, la entidad desencarnada puede tener una idea muy

distinta de este tiempo, puesto que las leyes del tiempo, en los planos hiperfísicos, difieren mucho de las que nos son familiares. Este término medio es, por otra parte, muy elástico. Individuos espiritualmente desarrollados pueden volver después de dos o tres mil años, mientras que los hombres mediocres se ausentarán del plan físico algunos siglos a penas. Un joven podrá reen carnarse casi inmediatamente después de su muerte (1).

La duración relativa del período astral y del celeste depende también de nuestra vida sobre la tierra. El hombre, a la vez perverso y poderoso, que ha consagrado todas sus energías en satisfacer sus deseos egoistas y sus ávidas pasiones, permanecerá durante un largo período en el mundo astral, después del cual, el poco bien que hubiere hecho en la vida podrá permitirle una corta estancia en el mundo celeste. Todo se realiza conforme a las leyes de la naturaleza y no según decretos arbitrarios. El hombre vuelve a reconocerse idéntico a sí mismo a las pocas horas de su muerte, excepto el cuerpo físico, ni mejor ni peor que antes, con todos sus deseos y todas sus pasiones. Porque sus pasiones subsisten

(1) No se trata aquí, evidentemente, del Iniciado, ó del discípulo, ya adelantado, de los Maestros de la Sabiduría, que puede en ciertas condiciones sacrificar su «Devachan» en servicio de la Humanidad y encarnarse directamente.

en el plano astral y no pueden subsistir más que en él, lo mismo que su cuerpo físico en el plano físico. Por consiguiente, la naturaleza pasional de este hombre lo arrastrará en los torbellinos del mundo astral hasta que todas sus energías animales se neutralicen, es decir, se agoten. Fácilmente se concibe que, en ciertos individuos, esto pueda exigir un tiempo considerable.

Agotada esta energía astral, el cuerpo astral muere y el hombre conserva intacto el resto de su naturaleza. Pero como su *Manas*, ha funcionado poco, la suma de sus energías en el plano mental o celeste, se agotará pronto y después de su período de inconsciencia en que, a su vez, el *Manas* inferior muere, el ser vuelve al plano físico, dispuesto para una nueva encarnación.

Nuestra vida en el mas allá está, pues, completamente determinada por nuestra vida terrestre. Si por medio de pensamientos nobles desarrollamos en alto grado nuestro mental, y si purificamos nuestro cuerpo astral, nuestra estancia en el purgatorio será muy corta, y, pocos días después de la muerte, pasaremos al mundo celeste por un largo período de felicidad. Es, pues, muy provechoso conocer estas ideas, aunque no sea más que de un modo intelectual, porque ellas nos permiten orientar metódicamente nuestra vida hacia un fin determinado, sabiendo lo que hemos de querer, en vez de de aspirar vagamente hacia no sé qué ideal vago y nebuloso.

La vida astral puede prolongarse más allá de su duración normal, pero sólo por procedimientos que no se deben recomendar. Hemos dicho que el hombre astral sobrevive hasta el completo agotamiento de las energías pasionales manifestadas durante la vida terrestre. Pero estas energías pueden estimularse y alimentarse en el astral, proporcionando de este modo al hombre desencarnado una renovación casi ilimitada de su purgatorial. Diversas causas pueden contribuir a este estado de cosas.

En primer lugar, es muy de temer que muchas entidades astrales sean de este modo alimentadas por los mediums espiritistas. Otras lo son por individuos viciosos, inconscientemente obsecados. Ya habréis notado que, en los países en que existe la pena de muerte, el crimen aumenta siempre y no disminuye jamás. La razón es muy sencilla, y cualquiera que observe bien se dará cuenta de ella. Una cosa es absolutamente cierta, y es que *no podéis matar a un hombre*. Podéis destruir su cuerpo, pero el hombre subsiste. Al ejecutar a un asesino, sólo destruíis su cuerpo físico; y, algunas veces, hasta el doble etérico persiste, permaneciendo el individuo en las más bajas regiones del mundo invisible, con todos sus odios y todas sus pasiones. Entonces se hace mucho más peligroso que en la cárcel. Cuando estaba encerrado, sólo por sus ideas podía ejercer alguna influencia sobre la

humanidad, mientras que ahora se halla libre de su prisión y de su cuerpo físico. Con la rapidez del pensamiento va de un lado a otro obsediando e impulsando al crimen a los que se alimentan de pensamientos de odio o de venganza. De modo que mientras más criminales exterminéis mayor será la criminalidad sin que pueda nunca disminuir.

Un gran número de entidades, más o menos malas, del mundo astral se apoderan de los mediums y consiguen por su influencia satisfacer en cierta medida sus deseos terrestres. El medium es para estas entidades un punto de apoyo físico que les permite poner en movimiento nuevas cantidades de energía en su cuerpo astral. Tomad una entidad astral poseída de un violento deseo de bebida. Como no tiene cuerpo físico para lograrlo, este deseo, según el curso normal de las cosas, debería extinguirse gradualmente después de haber causado crueles sufrimientos al infeliz desencarnado; pero ya purificado, seguiría su evolución. Ahora, si un medio le ofrece su cuerpo como vehículo físico, el desencarnado tratará de aprovechar la ocasión para satisfacer su vicio y calmar sus saludables tormentos: hará que el medium beba, pero lejos de poner fin a sus propios sufrimientos los prolongará, aumentando su desdicha. Todas las emanaciones del vicio y de la sangre contribuyen, por otra parte, a alimentar las entidades astrales más perversas,

que frecuentan principalmente las carnicerías, los mataderos y cuantos malos sitios puede haber (1).

Otro error, aunque menos frecuente, consiste en *echar de menos* exageradamente a los muertos, que pueden permanecer mucho tiempo en el astral, precisamente por las turbulentas y egoistas lamentaciones de los que dejaron en la tierra. Estas no son verdaderas pruebas de amor, porque estas añoranzas de los vivos alcanzan realmente a los que partieron, despertando en ellos los recuerdos terrenales y solicitando la atención de sus almas hacia las cosas materiales. Los verdaderos amigos no deberían obrar de ese modo, sobre todo, en una religión que tiene un tan gran Maestro como Cristo. Si vuestros muertos van a disfrutar de la dicha en Cristo, ¿por qué desear que vuelvan a este valle de lágrimas? ¿O es que no se cree entre vosotros? ¿Por qué ese aspecto sombrío y esos vestidos de luto? El verdadero creyente se regocija de ver a su amigo, a su hermano libre ya de la cárcel de la vida terrestre. La ley de su ser lo volverá

(1) No todas las regiones del astral están pobladas de un modo tan deplorable; muy lejos de eso. Las divisiones superiores de este plano son, por el contrario, una morada agradable y muy hermosa. Es el «pais de estio» de que hablan los espiritistas. Ningún medium por sí mismo, puede traspasar esta región y penetrar en el plano mental.

a traer muy pronto para continuar la serie de sus experiencias en este mundo material.

En efecto, es absurdo creer que el estado celeste pueda durar indefinidamente para aquellos que no han alcanzado la cima de la evolución humana. Antes de poder vivir como un Angel, es preciso haber adquirido las cualidades necesarias. Pero el hombre no desarrollado no es *ni siquiera consciente* en los reinos superiores. Decid a un hombre ordinario que reflexione sobre un pensamiento abstracto: se duerme en seguida. Su conciencia tosca se asfixia en el aire de las alturas. Preciso es, pues, que aprenda a pensar abstractamente, con plena conciencia, durante su vida terrestre. Sólo entonces podrá aspirar a ser consciente, después de su muerte, en los planos mentales.

El hombre se desarrolla, pues, gradualmente a través de la larga sucesión de las vidas. Pero mientras no haya conseguido un alto grado de su evolución, no conserva ningún recuerdo de sus existencias pasadas. El hombre intelectualmente avanzado, aunque ignore los detalles, conserva ya un recuerdo latente y sintético de sus experiencias pasadas: *la voz de su conciencia* no es otra cosa. Por otra parte, la pérdida de la memoria de una a otra vida no tiene nada que pueda sorprendernos. La memoria depende de la asociación. Pero la asociación se rompe *para los cuatro principios inferiores* después

de cada muerte, puesto que la sustancia misma de estos principios se ha dispersado. Si basta un choque en el cerebro para que perdamos la memoria de los hechos de nuestra vida actual, ¿cómo es posible que recordemos los hechos de nuestras existencias pasadas, cuando toda la parte de nuestro ser inferior al cuerpo causal se ha renovado completamente?—En cuanto al cuerpo causal, subsiste y conserva el recuerdo de todas nuestras vidas. Y el día en que logremos hacer de este cuerpo causal la morada de nuestra actividad consciente, este recuerdo vivirá con nosotros, y habremos encontrado «el hilo de oro que enlaza todas las existencias del hombre». Pero mientras tanto, no conservamos del pasado más que las ideas generales. Nuestra conciencia es una sombra proyectada por el Manas superior, un resultado de las experiencias de nuestras vidas pasadas. Además, lo que llamamos nuestro carácter, nuestra personalidad, nosotros mismos, en una palabra, no es más que la resultante de las encarnaciones anteriores. En cuanto a los detalles, los encontraremos en el momento de la iniciación de que acabo de hablar, cuando nuestro Yo se identifique conscientemente con el Sí, con la verdadera alma humana en nosotros. Entonces, todas nuestras encarnaciones se nos aparecerán como otros tantos días en una vida única.

Tales son las principales observaciones que

debíamos hacer sobre la gran ley de la Reencarnación que rige el progreso del individuo humano. El crecimiento se continúa lentamente según esta ley de alternativa hasta el día en que, alcanzada ya la perfección humana, desaparece toda necesidad de reencarnación para el ser que, de aquí en adelante, es más que un hombre.



VII



Karma

HASTA aquí nos hemos limitado a hablar del proceso de la Evolución cósmica. Hemos visto que el Principio esencial del Ser es Uno, idéntico en el Hombre y en el Cosmos. Hemos enunciado la ley universal de la alternativa, según la cual todo progresa por una serie de manifestaciones periódicamente renovadas. En fin, en el ser individualizado, en el Hombre, hemos observado, con el nombre de Reencarnación, el funcionamiento de esta ley. Nos queda que saber *por qué*, en virtud de qué principios, estas manifestaciones periódicas nos permiten progresar. La reencarnación, por una

parte, y la evolución, por otra, son dos órdenes de hechos de observación trascendente. Trataremos hoy de precisar cual es el lazo que une estos dos órdenes de hechos, o mejor, cual es su causa común.

Esta causa es la *Acción*, «*Karma*». Porque el término Sanscrito *Karma*, o más correctamente, *Karman*, significa propiamente hablando: *Actividad*, *acción*. De aquí deriva su significación de «*ley de causalidad*, o de *secuencia causal*»; porque toda causa es una acción y toda acción es una causa. Un efecto es forzosamente el resultado de alguna actividad. Por otra parte, él es también activo, y, considerado, a su vez, como causa, engendra nuevos efectos. Y precisamente porque la serie de las causas y de los efectos es, en realidad, una sucesión de actividades que se engendran unas a otras, es por lo que todo el proceso ha recibido el nombre de *Karma* o actividad. Los que se imaginan conocer la filosofía oriental, entienden generalmente por este nombre una ley que rige sólo el destino humano. En realidad el Karma es mucho más que esto: se extiende y se aplica a toda la actividad cósmica, rige la *Creación* entera (1). Ya comprenderéis por esto que es realmente

(1) *Karman* y el verbo latino «*cre-are*», crear, se derivan los dos de la misma raíz sanscrita: «*kri*», que significa obrar, hacer.

imposible a una conciencia limitada seguir la ley del Karma en todas sus ramificaciones, que abarcan el Universo. Y por esto es por lo que los grandes Maestros de la India, Budha entre otros, prohíben a sus discípulos toda discusión que tenga por objeto dilucidar esta cuestión. Según ellos, el Karma era, en su esencia, impen-sable. De modo que nosotros no podemos hacer aquí más que un esbozo sumario de los principios más generales relativos a esta ley.

El primero de estos principios es el siguiente: *todo existe activamente*. Ser y obrar no es más que una misma cosa. No hay en el mundo entero una sola sustancia que no sea activa. Por ejemplo, este lápiz que tengo en la mano, ¿diréis que es pasivo? Mucho os engañaríais. Su sustancia puede pareceros relativamente inerte; pero esto importa poco. Desde el momento que lo véis es porque modifica la luz que hiere vuestra retina: es, pues, activo. Por otra parte, lo mismo el sabio que el clarividente os dirán que cada partícula de la materia está en movimiento. Sentado esto, podemos dividir los objetos en actividades simples y complejas, considerando, por ejemplo, como actividad simple el último átomo físico (1). Luego, podemos concebir una

(1) Evidentemente, esto no puede ser más que una convención, porque ya hemos visto, al tratar del análisis de los objetos, que el átomo último físico no es más que un movimien-

pluralidad de estos átomos, o torbellinos simples, unidos entre ellos por una ley y formando una unidad compuesta. Una combinación de estas unidades dará un nuevo centro de actividad, más complejo aún. El cuerpo humano puede servirnos de ejemplo. Cada célula puede considerarse, convencionalmente, como una actividad simple. Cierta número de células agrupadas forman un órgano, nueva unidad compuesta, y cierto número de órganos reunidos según una ley determinada forman el cuerpo del Hombre. Este puede, a su vez, tomarse como unidad, y, llevando más lejos la síntesis, tendremos la nación, la raza, la humanidad, una serie de unidades cada vez más complejas englobando, por fin, todo el Universo.

Todo es, pues, en el cosmos actividad relativamente simple o compuesta. El Kosmos es un vasto conjunto de estas actividades, conjunto metódico, armonioso y ordenado.

El segundo principio de que os he de hablar es el siguiente: *La existencia universal, que equivale, según el principio I, a la actividad universal, es, además, constantemente modificada por esta misma actividad.* La modificación puede traducirse, en la evolución del *ser agente* por un progreso o una regresión; pero la con-

to de la sustancia astral, y que el análisis puede teóricamente proseguirse, *ad infinitum*, hasta la Causa Primera.

tinuidad y la identidad de este ser subsisten. Así, según hemos visto ya, nuestro cuerpo se ve constantemente modificado por sus propias actividades y las del mundo exterior, pero permanece el mismo durante toda nuestra vida. En este sentido es como yo entiendo la identidad y la continuidad del ser. Luego:

Principio I: La existencia equivale a la actividad.

Principio II: La actividad es la que modifica la existencia. Y por la actividad progresamos y retrocedemos.

Esta ley, aplicada a la humanidad, puede formularse en estos términos:

Cada hombre es para sí mismo su propio *Karma*, su modo especial de actividad. Todo lo que un hombre es, todo lo que un hombre tiene, todo lo que un hombre será o tendrá, depende de su actividad, no es más que el resultado de lo que ha hecho, de lo que hace, y de lo que hará, en pensamientos, en palabras (1) y en acciones. En una palabra, *nuestro presente es el fruto de nuestro pasado*. (2)

De este modo es como generalmente se inter-

(1) Los pensamientos, las palabras y las acciones, o mejor, los pensamientos, los *deseos* y las acciones representan las actividades del Hombre en los tres mundos, o sobre los tres planos (mental, astral, físico) que forman la escena de su evolución.

(2) Por pasado entiendo la serie indefinida de las actividades pasadas de nuestro ser.

preta el Karma en Occidente; y ahora sabemos que esto no es más que la aplicación de una ley universal.

Llevando más lejos el análisis, encontramos que el presente, consecuencia del pasado, se manifiesta en nosotros con un doble aspecto. Goce o sufrimiento, circunstancias favorables o contrarias, constituyen la dualidad que nos conduce a descomponer en dos categorías las acciones del pasado determinante y a decir que estas actividades han sido *buenas o malas*.

Pero el *Bien* y el *Mal* son esencialmente *relativos*. No existe nada absolutamente bueno, ni nada absolutamente malo, porque el Absoluto excluye todo predicado (1). Los términos Bien y Mal no tienen significación sino cuando se les opone uno a otro en el Universo manifestado. Como el (+) y el (—), el Bien y el Mal son indispensables para la manifestación y sólo en ella existen. Siendo estos términos relativos, se sigue que lo que es Mal para mí *puede ser* Bien para otro, que lo que era malo ayer para mí puede hoy ser bueno. Estos términos no tienen valor real sino *con relación al ser a quien se aplican*. No vayáis por eso a responderme: «Puesto que, en realidad, no hay ni Mal ni

(1) El Bien absoluto vale tanto como movimiento absoluto o calor absoluto. En lo Absoluto el Bien o el Mal es una misma cosa, como todo lo demás.

Bien podemos gozar a nuestro gusto.» Sería dar una prueba de que no me habéis comprendido. Yo he dicho: «El Bien y el Mal existen *rea'mente*, como el Universo, como vosotros mismos; pero como todo esto también, son *relativos*.» ¿Cual será entonces el criterio de nuestras acciones? ¿En qué podremos reconocer que son buenas o malas? Contesto: toda acción mental, astral o física que tienda a limitar la evolución de un ser cualquiera, es mala, porque conduce a una *regresión*. Por el contrario, toda acción que favorezca la evolución y haga progresar el ser hacia la Divinidad, es buena. Tal es la definición del bien y del mal (1). Algunos ejemplos aclararán mi pensamiento.

Suelo elegir con frecuencia el del régimen alimenticio, porque la mayor parte de los occidentales ignoran cuanto perjudican a su evolución los alimentos groseros que creen indispensables para la conservación normal de su salud física. Comer carne (animal) es, a la vez, bueno y malo, aunque, para mí, sería una cosa muy mala, porque perdería bastante desde muchos puntos de vista, y, desde luego, el sentimiento delicado del respeto hacia todas las formas de la vida, sentimiento que he recibido de mis antepasados y que se desvirtuaría si permitiese

(1) En una palabra, el bien y el mal no son *cosas*: son *direcciones o tendencias*.

a mis semejantes que mataran animales para alimentarse. Además, se oscurecerían mis más delicadas facultades y me sería mucho más difícil dominar mi naturaleza inferior. Pero, por otra parte, esta misma acción sería muy buena para un caníbal. Podríais decirle con razón: «mira esos hermosos ciervos, esas cabras salvajes. Su carne es sabrosa. Ve, persiguelos, será para ti un sano y noble ejercicio. Cuando la hayas probado renunciarás espontáneamente a comer carne de tus semejantes». Y si lograrais persuadirlo, os debería un progreso enorme en su evolución.

Del mismo modo, la poligamia, francamente mala para el sabio, sería casi un bien, a lo que me parece, para muchos civilizados modernos que, a pesar de su monogamia, de que tanto se enorgullecen, no viven por eso menos en una vergonzosa promiscuidad. La poligamia legal sería mil veces preferible, desde muchos puntos de vista, a la corrupción que envenena la sociedad moderna. (1)

En las mismas grandes religiones encontraréis, algunas veces, reglas que os parecerán extrañas, pero que os resultarán del todo comprensibles cuando sepais que se aplican a ciertas

(1) La poligamia de ciertos sabios que se han unido a varias mujeres con el solo objeto de salvarlas, de elevar sus almas por medio de la sabiduría, está fuera de la cuestión.

categorías de individuos. No hay ninguna ley general para todos. (1) Suponed que para nosotros el bien supremo sea conocer la Inteligencia del Sol central espiritual de nuestro sistema. Este ideal nada deja que desear *para nosotros*. Pero para los seres que viven en esferas más elevadas que ese mismo Sol, sería eso una limitación, un mal. El mismo Primer principio ¿no es una limitación para lo Absoluto?

La filosofía india os dirá, pues, que todo lo que existe es bueno o malo según el punto de vista que se adopte.

De todo lo que precede resulta que para establecer la clasificación más rudimentaria de nuestras actividades, de nuestro Karma, deberemos examinar sus consecuencias *buenas y malas, subjetivas y objetivas* (2), *en los tres mundos*, físico, astral y mental. Tan complejo es este estudio que ni siquiera es posible pensar en desarrollarlo aquí.

En resumen, cada ser, obrando por el conjunto de las actividades que lo constituyen sobre sí mismo y sobre el medio ambiente, modifica

(1) O, por lo menos, *no debe haberla*. Una religión que se cristaliza y pierde toda su elasticidad en el dogmatismo «absoluto» se convierte en lecho de Procrusta y no puede vivir indefinidamente.

(2) Es decir, por una parte, los efectos de nuestras actividades sobre nosotros mismos, y, por otra, sobre el mundo que nos rodea.

constantemente uno y otro. Su propia naturaleza y las circunstancias que le rodean están determinadas por él. Sólo a sí mismo debe el hombre alabarse o censurarse, por que él es el autor de su propio destino. Todo está regido por la Ley universal de la Justicia.

Y esta Ley perfecta es esencialmente idéntica (1) al Maestro y Señor del Universo, «*porque El tratará al hombre según sus obras (2)*» «*No os engañéis, nadie se burle de Dios, porque lo que el hombre habrá sembrado eso es también lo que recogerá (3)*». Esta es una gran verdad. Nosotros mismos forjamos nuestro destino. Nuestra vida se desarrolla sobre la trama que nuestras propias manos han urdido. El estado en que nos encontramos no proviene ni de la casualidad, ni del capricho de un Dios mezquino y celoso, arbitrariamente creado a nuestra imagen. Penetraos de esto y seréis Hombres. Erais mendigos y os convertiréis en ciudadanos del Universo. Reconoced que vuestro porvenir está en vuestras manos, y soís libres, para modelarlo como bien os parezca. «Si hoy sufro es porque en el pasado he violado la Ley. Solo yo merezco censura. Con calma y valor voy a hacer

(1) La identidad de la Ley y del Ser quedará establecida en la octava conferencia.

(2) Job. (XXXIV. 11)

(3) San Pablo. (Gálatas, VI. 7)

frente a todas las injusticias aparentes que sufre.» Este es el lenguaje del Hombre que ha comprendido su posición. Sigue su camino con la frente alta, sufrido con el presente, fruto del pasado fatal y lleno de esperanza en el libre porvenir que se prepara.

El hombre dependiendo de sí mismo, seguro de sí mismo, sufrido y valeroso: tal es el resultado de la comprensión sana del Karma. Nos queda que ver en nuestra próxima reunión *por qué* el Hombre está ligado al Karma y cómo puede conquistar gradualmente su libertad.





VIII

Karma (continuación)

EN mi última conferencia procuré demostraros que todo, lo mismo en nuestra naturaleza íntima como en las circunstancias que nos rodean, es el resultado de nuestro Karma, de nuestra actividad. Ahora os enunciaré una ley que os permitirá comprender mejor el funcionamiento del Karma en la evolución humana:

La tendencia natural de toda causa (o de toda actividad) es producir su efecto inmediatamente. Si hago un gesto con la mano, las ondas vibratorias puestas en movimiento a mi alrededor, tienden a afectar en seguida a todos los seres. Sólo la resistencia del medio (resisten-

cia que implica una actividad, o *causa* contraria) impide su realización inmediata. Las causas *tienden*, pues, a producir inmediatamente sus efectos, pero no *pueden* conseguirlo siempre, pues de otro modo podríamos creer que el instante actual procede únicamente del instante precedente. Tal, en efecto, sería el caso si no engendraramos constantemente *causas contradictorias* que, lógicamente, no pueden producir sus efectos al mismo tiempo. Si pongo la mano desnuda en el fuego, me quemaré en seguida y sin remedio. Pero si procuro defenderla de antemano por medio de una sustancia preservadora, como el jugo de ciertas plantas de la India, no me quemaré inmediatamente, pues será preciso que antes el calor descomponga dicha sustancia. Por consiguiente, el efecto de toda causa debe, normalmente, ser inmediato; pero se retarda si ya está obrando una causa contradictoria (1).

Esta ley se manifiesta en toda nuestra vida. Sin tregua ni descanso acumulamos causas que tienden siempre a sujetarnos produciendo sus efectos desde que la ocasión se presente. Pero son de tal modo contradictorias nuestras activi-

(1) Los ejemplos son numerosos y, a cada paso, los encontramos. Por ejemplo, en nuestros climas la germinación de los granos se retrasa por las nieves y las heladas del invierno. Normalmente se recogen dos cosechas en los países donde no hay invierno.

dades que a penas si un corto número de acciones logran armonizarse en nosotros. Así es que, en el curso de nuestra existencia, vamos amontonando causas que no pueden todavía realizarse. Estas causas constituyen lo que podríamos llamar técnicamente el *Karma acumulado* (en Sánscrito: *Sanchita Karma*, Karma latente).

Por el contrario, el Karma, cuyos efectos *se manifiesten* actualmente en nuestra naturaleza, nuestro carácter, nuestras circunstancias, etc., tomará el nombre de *Karma activa*, (*Prarabdha karma*). Esta porción de nuestro Karma determina la orientación de nuestra vida presente, y ya veremos más adelante como se efectúa su solución.

En fin, el Karma nuevo que *engendran* actualmente nuestras diversas actividades, podrá llamarse *Karma naciente* (*Kriyamaña Karma*) (1). Según que sea o no compatible con nuestras actividades presentes, se incluye en una u otra de las dos categorías precedentes.

(1) Este Karma representa la *potencia creadora* del Hombre, prenda de su libertad. Más lejos se verá cómo, por sus actividades conscientemente engendradas, el discípulo puede modificar su «destino» (*prarabdha*) hasta anularlo completamente. Puede también poner en actividad su *Karma latente* (*sanchita*) y pagar en pocas y breves encarnaciones la deuda que, sin ésto, lo hubiera hecho volver a la tierra durante un número inmenso de edades. (N. D. T.)

Vivimos, pues, bajo la influencia de un conjunto doble de Karma: uno que espera en la sombra la ocasión para manifestarse, pasar de una vida a otra y permanecer inmóvil durante muchas encarnaciones para fructificar, al fin, como los granos encontrados en los sarcófagos egipcios, cuando aparezcan las circunstancias favorables.

En esta vasta reserva (1) es donde deberán elegirse las causas destinadas a dirigir una encarnación particular, causas que, para poder manifestarse juntas en la existencia que se prepara, no deben excluirse mutuamente.

¿Quién hará, pues, esta selección? Potencias que podemos llamar, si el término os place: «*Leyes selectivas*». En la naturaleza observamos a menudo la acción de leyes análogas. Plantad un árbol y rodeadlo de toda clase de sustancias: el árbol sólo elegirá de esta masa lo que conviene a su crecimiento y a su constitución y desechará lo demás. Veréis que allí donde hay vida hay siempre selección. Pero la vida existe en

(1) No olvidemos de incluir en esta reserva el Karma engendrado por el ser en el período que sigue a cada muerte física. Es un factor de los más importantes, puesto que, por sus actividades en los planos Astral y Mental, el hombre cambia en aptitudes buenas y malas los esfuerzos espirituales y los deseos egoístas de la existencia terrestre. (Y hasta hemos visto que podía producirse *Karma nuevo* cuando la permanencia del ser en el plano astral se prolongara por medios anormales.

todo y en todas partes, bajo diferentes formas, es verdad, pero siempre regidas por leyes selectivas. El hombre no es ninguna excepción.

Pues bien, estas leyes pueden considerarse también como agentes, Seres, o «Señores» *Selectivos*. Porque entre la Ley y el Ser, que es su agente, no existe ninguna diferencia esencial. Lo único que podéis saber de una Ley es que es un modo de actividad metódico. Pensad en una ley cualquiera: no podéis concebirla sino bajo la forma de acción (1). Pero, como ya hemos visto, la acción implica siempre un agente, un ser. *El mismo objeto* se nos presenta como *acción* (Karma), o como *ser*, según el punto de vista en que nos coloquemos.

¿Quién de vosotros me conoce? Cuando hablo, vuestros sentidos están afectados por un conjunto de actividades, a cuyo efecto llamáis sonido, color, etc... ¿Cual de esas impresiones soy yo?— En mi, como en el universo entero, no percibís nunca más que un conjunto de actividades ordenadas: no percibís más que una *Ley*. En todas partes el *ser* se os escapa, excepto *en vosotros mismos*. Si, en mi caso, concluís, por analogía, que existe un *ser*, ¿que derecho tenéis, por otra parte, para concluir de otro modo? Las *Leyes* de la Naturaleza no son, según *vuestro* punto de

(1) Ejemplo: la *Ley* de la Gravitación sólo se concibe como *acción* de atracción universal.

vista, más que actividades metódicas, lo sé muy bien. Pero si las tomáis en su conjunto, si tratáis de colocaros en *su* punto de vista subjetivo, podríais con justa razón considerarlas como *Seres*. *La Ley Universal y el Ser Universal no son más que Uno*.

Como todas las demás leyes, las Leyes de selección Kármica, subjetivamente, son Seres. En sánscrito, estos Seres se llaman, colectivamente, *los Lipika*, es decir, los registradores, los que llevan las cuentas del Universo. La idea cristiana del Hijo sentado a la derecha del Padre, juzgando a los hombres *según sus obras* y enviando a cada uno al lugar que merece, parece ser un eco de esta doctrina. Un Ser de esta naturaleza ¿no es en verdad, la mano derecha del Padre, el Agente de la Ley, idéntico a ella misma, administrador y virrey del Universo?

Sea lo que fuera, los *Lipika*, o las leyes selectivas, escogen en el Karma del individuo los elementos capaces de armonizarse entre sí en una misma encarnación. Y estos elementos determinan la trayectoria según la cual debe moverse el ser, *si no despliega ninguna iniciativa espontánea*.

Porque, a cada instante, la Voluntad del Hombre puede introducir nuevos factores en la ecuación de su vida, modificando sin cesar la resultante del Karma pasado. Tal es la diferencia esencial entre los reinos inferiores y el Hom-

bre. En los reinos inferiores, en que la Voluntad individual no está todavía desarrollada, el ser se ve irrevocablemente dirigido según la trayectoria trazada por estas actividades anteriores; está sujeto al Destino. Pero la Voluntad naciente del Hombre basta ya para cambiar este Destino en Libertad, porque, desde su aparición, le da la facultad de modificar a cada instante la dirección resultante del Karma pasado (1). Como tan bién lo dice Edgar Poë: «Dios, encadenando estrechamente la Naturaleza por el Destino, dió la Libertad a la Voluntad humana. El hombre que no tiene voluntad es constante-

(1) Los que saben qué se entiende en mecánica por «composición de fuerzas», comprenderán esto inmediatamente. El Destino está representado por la «resultante» de todas las fuerzas puestas en juego o soportadas por el ser hasta el instante actual. Si no interviene ninguna nueva fuerza, la vida seguirá esta resultante. Pero la aparición de la Voluntad tiene precisamente por efecto hacer entrar en juego nuevas fuerzas que modifican a cada instante la resultante «fatal». La sabiduría, en fin, nos ilumina; nos muestra, a nuestro alcance, fuerzas antes desconocidas, y nos permite, por una elección juiciosa de estas nuevas fuerzas, cambiar radicalmente el sentido de la resultante, y hasta anularla completamente. El Karma que determina una encarnación puede considerarse resultante primera, que permite predecir el porvenir *probable* del individuo. Pero esta resultante puede modificarse tanto más cuanto más Sabiduría y Voluntad tenga el individuo. Hay un proverbio muy conocido de los astrólogos: «El sabio domina su estrella, y el insensato es dominado por ella.»

mente esclavo de la Fatalidad, del mismo modo que el animal.

Entrevemos aquí la solución del inquietante problema, tan complejo en apariencia, del fatalismo y del libre albedrío. La oposición de estos dos términos no es más que aparente: los dos son *relativamente* verdaderos. La necesidad es el patrimonio de los seres que no tienen voluntad propia: están fatalmente destinados a hacer siempre determinadas cosas. Los que tienen verdadera voluntad pueden modificar más o menos la necesidad, según el poder de esa voluntad y el uso que de ella *saben* hacer. Los seres, en fin, en los que la Voluntad y la Sabiduría están completamente desarrolladas, son los únicos completamente libres. De modo que las diferentes soluciones que el problema puede tener son todas *verdaderas, cada una en su lugar*. Hay libertad absoluta, pero sólo para el hombre que conoce la Verdad; hay libertad relativa para el que ha desarrollado su voluntad hasta cierto punto; hay, en fin, el inflexible destino que domina todo lo que carece de voluntad.

Comprended bien esto: vuestra voluntad cada vez más fuerte os permite, hasta cierto punto, modificar vuestro destino; y, si alcanzáis la Sabiduría, podréis aniquilar completamente el inmenso depósito del Karma que habéis acumulado a través de las edades, reducirlo a cenizas y libraros, finalmente, de estas cadenas

que parecen eternas. «*Conoced la Verdad, dijo Cristo, y la Verdad os hará libres.*»

¿Pero qué es esta Verdad liberadora sino la Unica Realidad, *Sat*, cuya identidad, realizada en *Si* por el ser llegado al término de su larga peregrinación, está expresada en la palabra suprema:

«YO SOY ESTO.»

«—En el mundo no existe más que esta Realidad Unica, y *Yo soy idéntico a Ella;*» o en lenguaje cristiano:

«*Mi padre y Yo no somos más que Uno.*»

Tal es la última Verdad. Un gran filósofo de la India la ha definido admirablemente en estos términos:

«La Verdad, comentada por tantos miles de volúmenes, voy a expresarla en muy pocas palabras: *Brahman, lo Absoluto, es lo único verdadero. El Universo, que cambia continuamente, es irreal. Su existencia no es más que relativa, y el Hombre es esencialmente Dios, Nada más.*

El objeto de la evolución es, pues, para el Hombre la plena realización de su *Divinidad esencial*, la identificación de su Ser mismo con la Realidad Unica. Tal es el sentido de la palabra «*saber*» que emplea Cristo cuando dice: «*Sabed la Verdad... (1)*»

(1) En otros términos, en el plano de la Realidad «*Saber*» y «*Ser*» es lo mismo.

Realizada esta Suprema Unión, el Hombre queda definitivamente liberado de los lazos de la causalidad. Ha alcanzado su salud, salud que no puede alcanzarse sino por esta Suprema Unión. Esta ha sido la enseñanza de todos los Maestros.

La Humanidad asciende hacia su objeto en una sublime gerarquía en que la libertad crece en proporción de la Sabiduría.

Tales son, brevemente resumidas, las ideas indispensables para la comprensión del Karma. La única verdad que subsiste siempre es la inviolable *Ley de Causalidad*. En cuanto al fatalismo, se puede afirmar que no es absolutamente cierto, pues sólo tiene una existencia real para aquellos que carecen de actividad propia. La menor manifestación de la voluntad basta para cambiar la orientación de la vida del ser, no sin la Ley o contra la Ley, sino con Ella, y hasta *gracias a Ella*. Si nuestra evolución entera no estuviera regida por la Ley ¿cómo podríamos trabajar confiadamente en nuestra liberación? Si no supiéramos que, desde lo más alto a lo más bajo de la escala, tal causa produce tal efecto, ¿cómo podríamos orientar nuestros pasos hacia la morada de la eterna paz?. Sólo la Ley garantiza nuestra libertad. En virtud de la Ley las causas de esclavitud producen la esclavitud; pero cuando *cesamos* de engendrar estas causas, *esta misma Ley* viene infalible-

mente a romper nuestras cadenas. La Ley está en todo y en todas partes. Negarla es abrir la puerta al «Azar»; pero el «Azar» no es más que una palabra forjada por la ignorancia. En el vocabulario del Sabio ésta palabra no ha existido jamás.

Síguese de aquí que, *gracias a la Ley, gracias al Karma*, es como pueden liberarnos la Voluntad y la Sabiduría. Pero entonces, ¿no es el Karma quién sujeta? No, ciertamente. El Karma no es más que la rueda de las causas y de los efectos, rueda que gira sin tregua ni descanso en el Universo. *Lo que nos sujeta a esta rueda somos nosotros mismos. Nuestros deseos son nuestras cadenas.* Nuestros deseos son pensamientos, fuerzas, que, en el mundo astral, revisten formas reales y tangibles. Vosotros no podéis ver estas formas, pero las ve aquel cuyos ojos se han abierto, lanzadas a los cuatro puntos del mundo material por el áspero querer del hombre ambicioso (1).

Lo que hay que suprimir es, pues, el deseo, si queremos romper el lazo que nos ata a la rueda de las muertes y de los nacimientos. Pero ese deseo no podemos suprimirlo sino eliminando por completo el egoísmo, la noción de la

(1) Experiencias de clarividencia han demostrado que los pensamientos ávidos, envidiosos, ambiciosos afectan, en el mundo «invisible», formas ganchosas.

separatividad. «Yo estoy aquí; V. está allá; este objeto es distinto de nosotros dos; y para que yo lo tenga es preciso que V. no lo pueda tener». De aquí nacen la envidia, los celos, todos los odios. Yo no puedo desear sino lo que es diferente de mí mismo, lo que está fuera de mí ser; pero como yo sé que los objetos de mi conciencia están en mí y que en mí está la Esencia de todas las cosas, el deseo se desvanece por sí mismo y las cadenas se rompen.

La liberación total implica la perfecta Sabiduría (2). Mientras no se realice en nosotros esta Sabiduría, no podemos hacer más que orientar nuestra vida según la resultante más favorable, trabajando continuamente para anular el egoísmo y destruir el muro que nos separa de nuestros hermanos y de Dios. *Una vida desinteresada es la condición absoluta del crecimiento.* Aquí es donde aparece la vanidad del saber humano, de la ciencia puramente intelectual. Cuántos hombres instruídos atraviesan la vida, semejantes al «mulo cargado de libros» de que habla el poeta indio! Si aspiráis a la sabiduría lo que debéis aniquilar es la cólera, la ambición, el egoísmo; y así desarrollaréis gradualmente las potencialidades divinas que disiparán en vosotros el velo de la ilusión «*El corazón puro penetra el Cielo y el Infierno*», dijo el autor de la Imitación. Es una gran verdad. Recordad también la palabra del

(2) V. Bhagavad Gita. (II). 55-72).

Evangelio: «*Bienaventurados los corazones puros, porque ellos verán a Dios*». ¡Ay! ¿Cuántos serán los que vienen a nosotros impulsados por algo más que la simple curiosidad?

¿No hay entre vosotros algunos a quienes atrae el deseo de los poderes psíquicos?—también ambiciosos esos, de una ambición más sutil, más amplia, con frecuencia más peligrosa, sobre todo, para ellos mismos, que la avaricia vulgar del hombre material. Otros vienen para ver a un hombre vestido de blanco que les proporcionará por algún tiempo un asunto para animar la conversación.

Muy pocos son los que rinden culto al ideal de la pureza de la vida, la pureza del carácter, y el desinterés absoluto. Estar dispuesto a todo para ayudar a la Humanidad sin pensar siquiera en su propio perfeccionamiento, esto es lo que parece a muchos de una dureza excesiva. Pero si no os contentáis con oír la palabra de la filosofía oriental y queréis llevarla a la práctica, este absoluto desinterés es la primera condición indispensable, la llave de oro sin la cual llamaréis en vano a la puerta de los misterios. ¿Estáis dispuestos a renunciar de este modo totalmente? Si no lo estáis, mis enseñanzas no serán para vosotros, más que palabras vacías y nada más. No ha llegado aún vuestra hora. Si más adelante se hiciera la luz en vuestro espíritu, quizás os acordaríais...

Hasta aquí hemos procurado comprender la vida. El rápido examen que hemos hecho nos ha permitido admitir una Realidad Unica, fuera de la cual no existe más que sombras pasajeras. El Hombre es Uno con Dios. Si hoy gime en la tristeza es porque está cegado por el velo de la ilusión. Pero su Divinidad potencial se revelará cuando se haya despojado de su ilusión y se haya liberado de la inmensa cadena del Karma, cadena que él mismo se ha forjado en el pasado por sus acciones, sus palabras y sus pensamientos. Este es el objeto. En nuestra próxima y última lección veremos cómo podemos trabajar conscientemente para realizarlo por la conveniente organización de nuestras actividades.

NOTA.—Muchas personas que aceptan la doctrina del Karma sin comprenderla se hacen duros de corazón. «Si éste sufre, dicen, es porque ha merido sufrir—¿Por qué socorrerlo?». A esto podría yo responder que si este hombre ha logrado que le ayudéis es porque ha merecido que le ayudaran; y que si habéis dejado pasar conscientemente esta ocasión de hacer bien, os hacéis culpables de ello. Y siempre nos es posible

ayudar a nuestro prójimo haciendo cuanto está en nuestras manos para que cambie la orientación de su vida. Si no podemos ayudarle materialmente (a veces es preferible no hacerlo), al menos nuestros pensamientos caritativos pueden prestarle un apoyo moral que no por ser invisible es menos real. No perdáis jamás de vista la definición del Bien y del Mal: no socorréis *verdaderamente* a vuestros semejantes sino favoreciendo la evolución *real* de su ser *real*,—cualesquiera que sean, por otra parte, las apariencias.

En suma, el Karma no nos dispensa, de ningún modo, de ayudar a nuestros semejantes, de la misma manera que no nos impide ayudarnos a nosotros mismos.



UNIVERSITAT DE VALÈNCIA



IX

El camino de Perfección

HASTA aquí hemos tratado de comprender, aunque de una *manera elemental*, la parte teórica de esta vasta filosofía desde hace tantos siglos enseñada en la India. Hoy trataremos de formarnos una idea de su aplicación práctica. Al comenzar este curso, os he dicho que la filosofía Indu era una ciencia experimental, y lo repito una vez más. La sabiduría de mis antepasados no se parece nada a la filosofía epeculativa de la Europa moderna, vasto monumento de hipótesis intelectuales fundadas en algunos datos tomados únicamente del plano físico. Entre nosotros, la especulación sólo desempeña un papel secun-

dario. La convicción intelectual tiene, sin embargo, el sitio que le corresponde en nuestra filosofía, porque, antes que todo, importa conocer la probabilidad lógica de las teorías enseñadas. Esta convicción se fortifica luego con el testimonio de los Sabios que han visto y verificado por sí mismos.

Pero esta convicción intelectual no es más que una fase *preliminar*, una *introducción* a la Filosofía-Sabiduría del Oriente, que no comienza realmente sino en el punto en que se detiene la Filosofía moderna. Porque si no nos decidimos, a pesar de la dificultad de la empresa, a *seguir por nosotros mismos la vía* en la que nos han precedido esos Sabios cuyo testimonio unánime ha fortalecido nuestra fe, nos veremos condenados a un estancamiento eterno. «La fe sin las obras es verdaderamente una fé muerta».

Esta fe preliminar, conclusión del estudio teórico bosquejado en las anteriores conferencias, se resume en pocas palabras:

Una sola Realidad en el Universo, de la que todo lo que existe no es más que su manifestación fenoménica.

El «*Sí*» del Hombre esencialmente idéntico a «*Esto*».

El objeto de la vida: la *realización en acto de esta identidad esencial*.

Hoy vamos a tratar del medio de alcanzar este fin. Pero la misma definición de nuestro

objeto basta a indicarnos la condición necesaria para realizarlo.

Estas tres palabras: *Progreso hacia la Unidad* nos dan inmediatamente la doble llave que nos abre la entrada de la «vía estrecha».

1.º *Progreso...*—Hemos visto que la ley universal es la Actividad (*Karma*): la actividad es idéntica al ser. Si es verdad que no podemos *existir* sin obrar, con mucha mayor razón no podemos progresar. Si hoy estamos aquí es porque nuestras actividades se armonizan con las del medio en que vivimos. Para cambiar, para elevarnos o descender, bastará *obrar* de un modo diferente «Los que se parecen se juntan» dice el proverbio. Si en el medio en que estamos modificamos nuestras actividades conforme al medio en que deseamos éstas, nos vemos fatalmente impulsados, *por la fuerza de las cosas*, hacia ese nuevo medio (1). Para algunos, éste es

(1) Si el pez, al encontrarse por sus actividades anteriores en una cierta profundidad, modifica su vegiga natatoria según la profundidad a que desea ir, se siente impulsado *por la fuerza de las cosas* (aquí, la gravedad), hacia aquella nueva profundidad. Como se verá más adelante, lo que, en nuestras actividades se trata de modificar no es su forma exterior sino su *motivo interno*. Las mismas acciones que, realizadas egoístamente, nos mantienen sujetos por tiempo indefinido en la rutina los que vejetamos,—esas *mismas* acciones, como alas poderosas, nos levantan y nos transportan lejos de nuestra miseria, cuando tienen por fin el bien impersonal y universal. El resultado de este cambio en nuestro motivo puede no ser inmediato; pero no

un hecho experimental. Por otra parte, todas las partes de nuestro ser se desarrollan por un empleo metódico de nuestras actividades. Nuestra naturaleza moral obedece a esta ley, del mismo modo que lo hace nuestra organización mental o muscular. La ociosidad es el estancamiento, la muerte. *Para crecer nos es preciso ser activos.* No hay otro método.

2.^o *hacia la Unidad.*—La diversidad existe en todos los planos de la manifestación y no existe más que en estos planos. Para encaminarse hacia el objeto, hacia la Unidad, esta diversidad debe desaparecer. En otros términos: debemos *eliminar el egoísmo* de nuestra naturaleza. Una vida desinteresada es, pues, también una condición absoluta del crecimiento. El egoísmo, instinto de separatividad no podrá determinar jamás nuestra posición sino en las regiones de la diversidad. Para alcanzar el punto central nos es de todo punto necesario renunciar a esta idea de separación. El egoísmo es el que engendra el *deseo*. No se mueve el uno sin el otro. Y el deseo es el que nos sujeta a los objetos separados, que nos ata con fuerza irresistible a la rueda de los nacimientos y de las muertes. El

por eso es menos «fatal», y se manifiesta desde el momento en que las resistencias procedentes de nuestras actividades pasadas son vencidas, desde que nuestro Karma malo se ha agotado.
(N. D. T.)

deseo es el que ciega nuestro discernimiento y nos conduce a ese reino de la ilusión en donde todo se ve dislocado, a ese inextricable laberinto del tiempo y del espacio en el cual todo se diferencia de todo. El deseo debe, pues, suprimirse si queremos conocer la Verdad y conquistar nuestra libertad.

He aquí, pues, claramente resumida, la doble condición del crecimiento del Ser hacia la perfección: *Creecer por la acción,—sin egoísmo y sin deseo;*—porque el egoísmo engendra el deseo, y el deseo produce el sufrimiento, la tristeza, todo el cortejo de la miseria. Pero el egoísmo en sí no es más que el resultado de la *ignorancia*, de la ignorancia de este hecho: que no hay en el mundo más que una sola Realidad, y esencialmente un solo «*Yo soy Esto*».—«Tu eres ESTO», tú, pobre esclavo de tus ilusiones, muerte que lloras a tus muertos en el desierto de la vida: Tu eres esencialmente Dios. Si puedes grabar en tu corazón esta verdad verás caer por sí mismas las limitaciones ilusorias que producen la tristeza y los sufrimientos. Tu ignorancia es la causa de tu egoísmo; tu egoísmo es la causa de tu miseria. Cuando se haya realizado en ti la palabra de Identidad, podrás, Hombre ya perfecto, decir como Cristo: «Mi Padre y Yo no somos más que Uno.» Si no fuera este el camino que te señala el Maestro, ¿por qué os dice a tí y a tus semejantes: «Sed *perfectos* como es

perfecto el Padre que está en los cielos? ¿Acaso piensas que te propone un imposible? ¿Te atreverías a decir que es vana su palabra?

Por consiguiente, la causa última de todas nuestras miserias es la *Ignorancia*, la ignorancia de este hecho que somos Uno con Todo. Esta ignorancia debe suprimirse por la *expansión gradual de nuestra conciencia*, que es lo que nosotros llamamos el *crecimiento* del Hombre. El Hombre no difiere del animal y el animal de la planta más que por el grado de evolución del principio consciente. La Divinidad, idéntica a Sí misma, duerme oculta en el seno de la fría piedra. Despertadle poco a poco, y, a medida que «evolucione» inmutable en su esencia, pero *manifestándose* cada vez más a través de *vehículos* cada vez más perfectos, veréis la piedra transformarse en planta, la planta en animal, el animal en Hombre, y el hombre, en fin, en Angel, en Maestro, en Cristo. Y la sublime Jerarquía se continúa más allá de todo lo que pueden comprender nuestras mezquinas inteligencias, hasta el trono de la inefable Divinidad totalmente *manifestada*. Por consiguiente, en todo, el crecimiento no es más que la liberación gradual, el desarrollo de la Potencia Divina, integralmente latente bajo toda forma creada. Esto es lo que significa la palabra «evolución». Y esta *evolución* no es más que la continuación lógica, el segundo acto de la Creación Divina,

el resultado necesario de la *involución* por la cual el «Verbo se hizo carne,» por la cual el Ser Unico y Universal se ha envuelto misteriosamente hasta producir esta suprema ilusión: el *plano físico*.

Y esta liberación, esta evolución, en todos los grados de la escala, es producida por la *actividad*. La acción y la reacción provocan la manifestación de todo lo que está latente en el ser. ¿Nuestros mismos sentidos no se desarrollan por la acción de las energías exteriores sobre nosotros? La ciencia admite que la función crea el órgano. Cuando la función cesa el órgano se atrofia: testigos los peces ciegos de los lagos subterráneos de América. La actividad es, pues, indispensable. Y, puesto que reconocemos que todo crecimiento *ulterior*, superior a nuestro estado de hombres individuales, debe tender no hacia la diversidad (como en los reinos inferiores) (1), sino hacia la Unidad, esta actividad debe necesariamente coexistir con la destrucción del egoísmo y del deseo que es su consecuencia.

Tales son, pues, los dos elementos que

(1) El egoísmo bien entendido es necesario como todo lo demás. Gracias a él es como se forma la individualidad, la individualidad humana, último límite de la diferenciación. Una vez alcanzado este límite, el egoísmo debe ser eliminado, porque ya no tiene razón de ser. Fué un bien y luego se convierte en un mal, en un obstáculo a la evolución *ulterior* del ser.

debemos combinar en nuestra naturaleza; elementos que parecen contradictorios a primera vista, puesto que la mayor parte de los hombres sólo por el deseo se ven impulsados a la actividad, y suprimir en ellos el motor esencial equivale precisamente a la supresión de toda actividad propia. Esta antinomia debe, sin embargo, resolverse, bajo pena de renunciar a toda extensión de la conciencia humana en los reinos trascendentes del Universo. Proporcionalmente a como sepáis manejar esta doble llave de la Sabiduría, creceréis como la flor bajo las caricias del sol, sin pensar siquiera en el crecimiento. *Este es el primer paso de toda enseñanza práctica.* Si queréis verificar por vosotros mismos la realidad del mundo trascendente, es preciso desarrollar vuestra conciencia, transferir gradualmente vuestro estado consciente en los principios cada vez más elevados de que se compone vuestra naturaleza en su gran complejidad, y, para esto, es necesario sin dejar de ser activos purificaros completamente de toda mancha de egoísmo. «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios,» dijo Cristo. Nada más cierto. No es posible intentar ningún esfuerzo si no se ha dado este primer paso: la *purificación*, o la destrucción del egoísmo. Es un punto éste sobre el cual no se insiste nunca demasiado, y cien veces es preciso repetirlo a pesar del

temor de ser molestos. En todas partes encuentro gentes que desean el crecimiento, que quieren ver las cosas hiperfísicas y palpar, como actualidades tangibles, las verdades trascendentes del Universo. Está muy bien. Pero se imaginan, al parecer, que todo esto lo pueden conseguir en un día o dos por algún procedimiento misterioso... Es un error deplorable. Sin una previa *purificación* no podréis conocer nada de los reinos superiores de la Naturaleza.— Me equivoco: hasta cierto punto podréis conseguir un contacto con el mundo astral, pero un charlatán cualquiera puede hacer lo mismo. Con todos vuestros poderes psíquicos no valdréis más que el simple juglar de la India que va de calle en calle exhibiendo sus habilidades. Pero no podéis ser filósofos sin *purificar* vuestra naturaleza por la actividad desinteresada, por la destrucción del egoísmo. Porque si deseais conocer el Último Principio, la Unidad Primera y Última es absolutamente necesario que desaparezca toda noción de separatividad. La Unidad está en el plano de *Atmâ*. En todos los demás planos reina la diversidad. ¿Cómo queréis alcanzar la Unidad sin eliminar de vuestra naturaleza todo lo que os separe de los demás seres?

Así es que el desinterés se impone al discípulo, no por razones de vaga sentimentalidad, sino como una necesidad rigurosa y científica.

Recordad la comparación matemática que adoptamos en una conferencia anterior. Como rayos de luz, los seres provienen del Sol central único. Mientras estén fuera del centro, sobre una de las circunferencias, tienen la noción de un rayo separado que les une al centro. Pero si quieren llegar al mismo centro es preciso que renuncien a toda idea de separación, puesto que en el centro todos los rayos convergen, puesto que en el centro todos los seres son Uno.

Si, profundamente penetrados de esta idea de Unidad, proseguimos en el mundo nuestra existencia *activa*, veremos elevarse gradualmente nuestro estado consciente, primero hasta el *mundo astral*, cuyos objetos nos van siendo cada vez más perceptibles. Luego, a medida que ejercitamos nuestras fuerzas de actividad desinteresada, nuestra conciencia se eleva sucesivamente a los planos del *Manas inferior y superior*. En este último plano (Manas superior) es donde empezamos a percibir las «*abstracciones*» inconcebibles por nuestra conciencia normal desde el punto de vista objetivo. En este plano, la *triangularidad* que se manifiesta aquí abajo por todos los triángulos distintos que nos es posible concebir, se nos presenta como un objeto único y distinto. Por esto este plano se llama en sánscrito «*arûpa*», sin forma, porque en él existen los *arquetipos*, ideas

abstractas que se manifiestan después bajo todas las formas concretas de los planos inferiores. Luego, pasamos conscientemente al *plano Bhúdico*, o mundo espiritual, en donde tenemos la percepción simultánea de la unión y de la separación. Es un estado imposible de describir, estado de inefable beatitud en que las nociones de Unidad y de Individualidad subsisten juntas, en donde, al mismo tiempo, somos nosotros mismos y Todo Lo que es. En este plano, la Humanidad, todavía dividida en el plano del *Manas* superior, existe como un Todo único. Aquí está la base real y palpable de la *paternidad* humana, la llave de nuestra solidaridad. En fin, cuando nuestra conciencia se eleva al plano *Nirvánico*, al plano de *Mahâ Atmâ*, somos *idénticamente* el corazón y el centro de todos los seres y de todas las cosas; nos hemos liberado definitivamente de la doble ilusión del Tiempo y del Espacio, ilusión que sólo puede existir en los planos de la pluralidad.

Pero lo repito, esta ascensión de nuestra conciencia no es posible sino por *la actividad pura de todo egoísmo*. La *purificación* es el primer paso, sin el cual es completamente inútil hablar de pensamientos superiores, de verdadera Sabiduría. Cierto que podéis leer intelectualmente muchos libros y producir muchas obras, y hasta ser admirados por todos los

hombres; pero jamás poseeréis la Sabiduría si no destruíis el egoísmo.

Nos queda que ver ahora cómo conseguiremos combinar la absoluta pureza, sin la menor huella de egoísmo y de deseo, con la actividad necesaria al crecimiento. Porque ya hemos dicho que muchas personas, viendo a su alrededor a los hombres movidos casi exclusivamente por sus deseos, no conciben, a primera vista, la posibilidad de esta conciliación. Pero admito que el problema deba seguir siendo, por mucho tiempo, insoluble para aquellos que pertenecen a «la otra» porción de la humanidad, tan elocuentemente llamada «los muertos» por ciertos místicos. Pero para el que busca la Sabiduría, para el que quiera penetrar en la Filosofía trascendente, siempre es posible ser por completo activo después de haber renunciado a todo deseo.

Para esto se nos presentan dos métodos principales, dos «senderos» como dicen los místicos de la India:

- I. *El sendero del conocimiento abstracto.*
- II. *El sendero de la devoción concreta.*

Estos dos senderos conducen igualmente a la purificación. Los dos están claramente indicados por el Bienaventurado Krishna en el Baghavad Gitâ. (1)

(1) Recomendamos mucho el estudio del Bhagavad Gita.

I Consideremos en primer lugar el sendero del conocimiento abstracto. Recordemos que el Kosmos es un conjunto de actividades organizadas. Toda la diversidad del Universo manifestado no consiste más que en *nombre y forma*, o mejor, en *Karma o actividad*, manifestándose en nombre y en forma. Como ya os he dicho antes, analizad un objeto cualquiera y no encontraréis en él más que un conjunto de actividades manifestadas bajo una *forma* que llamáis el objeto y a la cual atribuíis un *nombre* (1). En todo el Universo sucede lo mismo.

Si con toda claridad nos damos cuenta de este hecho, es decir, que el Universo es un conjunto harmónico de actividades y que todo depende de todo, llegaremos fácilmente a pensar que nuestras actividades deben estar en armonía con las del Universo, si queremos subsistir como parte de este Universo y conservar nuestra existencia. Nuestro «yo» no es más que un conjunto especializado y complejo de actividades, que ocupa un lugar especial en el conjunto general de la actividad cósmica. Y para que puedan existir, las actividades especiales que constituyen nuestro ser deben estar en armonía con

Aunque no es fácil a todos comprender este canto sagrado, y la mayor parte de las traducciones dejan mucho que desear, la idea general se destaca fácilmente. El trabajo sin egoísmo se recomienda siempre como el medio de llegar a la paz suprema.

(1) Es decir, del cual os formáis una *idea*.

la actividad general del Universo. En otros términos, la ley de nuestro ser debe conformarse a la Ley Universal.

Una comparación muy sencilla, ya indicada en otro lugar, os servirá para comprender esto fácilmente. Basta considerar la Evolución universal desde el punto de vista musical, concepción en extremo exacta, como ya hemos visto. En este sentido, puede considerarse el individuo, literalmente, como un instrumento particular en la inmensa orquesta del Universo. Todos nuestros movimientos producen un *sonido* real, imperceptible a nuestros sentidos físicos; y este sonido individual debe armonizarse con el Sonido Universal, so pena de ser un agente de discordia o de disonancia, y, como tal, condenado a desaparecer. Si logramos formarnos una idea clara de la Jerarquía orgánica del Universo, cualquiera que sea el punto de vista que adoptemos, resulta lógico que debemos obrar en armonía con todo lo demás.

El filósofo trata, pues, de conocer su posición en el Universo, posición determinada, en la Actividad Universal, por su actividad individual, o su *Karma*. «Mi lugar está aquí, se dice, puesto que estoy aquí. Veamos ahora qué actividades debo desplegar, qué obras debo realizar para mantener en mi posición actual la armonía del Kosmos en el punto que ocupo.» Entonces trabajará sin pensar en el «yo», y esto

partiendo de un punto de vista puramente abstracto.

«Harmonícese, pues, este microcosmo, este pequeño conjunto de actividades llamado «yo», con el macrocosmo, con el gran conjunto de actividades, del cual no es más que un elemento componente. Que no permanezca ocioso mientras todo el Universo vibra, sino que obre siempre armoniosamente, en equilibrio con el medio que ocupa». De este modo puede el sabio realizar la perfecta abnegación. Los deseos del ser separado no existen ya para él, porque no conoce más que la Ley de Harmonía Universal, idéntica, como ya veremos, a la «Voluntad del Padre.»

Pero no podemos desconocer la inmensa dificultad de la empresa, considerada desde este punto de vista abstracto. Todas estas ideas generales parecen vagas a la mayor parte de las gentes. La abstracción no interesa a la voluntad ordinaria, y, por consiguiente, no puede estimularla. Lo más frecuente es que el hombre de «ideas generales» no es más que un hablador, un forjador de frases, sin más que palabras sonoras y vacías. Acción, ninguna. Existen, sin embargo, personas que trabajan seriamente desde este punto de vista abstracto, pero son raras. La mayoría de los hombres necesitan para su vida un ideal concreto. Y este es el ideal que se ha dado expresamente

como patrimonio a los que siguen *el sendero de la devoción*.

Este sendero de la devoción ha sido claramente trazado en el mundo occidental por la enseñanza de Cristo. El Cristianismo es esencialmente devocional.

Hemos visto (1) como una sola y misma cosa puede considerarse desde dos puntos de vista diferentes, objetivamente y subjetivamente, como *Ley* y como *Ser*. El Universo entero puede considerarse, desde el punto de vista abstracto, como la *Ley (Karma)*; y desde el punto de vista concreto, como el *Ser* universal, agente de la Ley que manifiesta.

Y notad bien que el *objeto* considerado es idéntico en los dos casos, pues sólo difiere el punto de vista. Teniendo esto en cuenta, veréis que entre las religiones más opuestas en apariencia no existe ninguna diferencia esencial. En el *Budhismo* se encuentra la *forma* exclusivamente abstracta, y en el *Cristianismo*, la *forma* exclusivamente concreta o devocional. De una parte, la *Ley* sola, y, de la otra, el *Creador* y Su Voluntad todopoderosa. El *Brahmanismo* bien comprendido combina las dos y os enseña que las dos tienen razón. ¿Para qué disputar?—Esto es lo que enseña Krishna en el *Bhagavad Gîtâ*: (XII. 2-7-).

(1) V. cap. VIII.

2.—Aquellos cuyo pensamiento está fijo en Mí, y que, siempre armoniosos, Me adoran, dotados de la Suprema fé, aquellos, a Mi idea, son más perfectos en Yoga.

3.—Pero aquellos que adoran al Indestructible, al Invisible, al In-manifestado, omnipotente, impensable, inmutable, eterno,

4.—teniendo ya los sentidos dominados por el renunciamiento, siempre equilibrado el juicio y deseando sólo el bienestar universal, *esos también vienen a Mí.*

5.—Mucho mayor es, sin embargo, la dificultad para aquellos cuyo pensamiento está fijo en el In-manifestado; porque para el hombre corporal, *el sendero del In-manifestado es muy difícil de seguir.*

6.—Pero los que, en verdad, renuncian (1) a toda acción en Mí y hacen de Mí su fin supremo,

(1) Para el Divino Krishna renunciar la acción no significa *dejar de obrar*: es dejar de obrar *para sí*, obrando ya sea por el *Universal*, o para *El* (el Logos) (vers. 4 y 6 citados.) Es sobre todo cesar de *desear*; porque:

«Todo aquel que, restringiendo los órganos de la acción, desee en su pensamiento los objetos de los sentidos, ese insensato, ¡oh Ardjoura! merece el nombre de hipócrita. Pero el que, sometiendo los sentidos a la voluntad.

Realiza la *Yoga por la actividad*, sin ninguna atadura con los objetos de los sentidos, ese es el verdaderamente digno.

Obra, pues, con rectitud, *porque la acción es superior a la inacción.* Tu misma sustancia física sería imposible siendo inactivo.» (id. III. 6-8.)

aquellos cuya devoción medita en Mí solo, sin ningún otro ideal,

7.—Esos, ¡oh Pârtha! (Ardjouna) serán pronto por mí salvados del océano de la muerte y de la existencia (condicionada)...

El Divino Maestro nos lo dice claramente: Un fin *Unico* y dos vías para alcanzarlo. Por un lado, el sendero de la *abstracción* difícil y árduo, para un pequeño número; y, por otro, el sendero de la *devoción*, abierto a todo hombre de buena voluntad. Y este método devocional no dice nunca: «la Ley», sino «el Señor». (1) Por todas partes, entidades: la Ley suprema se convierte en el «Padre», Karma es su augusta e insondable Voluntad; después viene el Hijo, la Madre, el Espíritu Santo, los Espíritus que rodean el trono, los Arcángeles, los Angeles. Pero desde el punto de vista abstracto, todos estos *Seres*, *sin cambiar en nada*, no son más que los aspectos de la *Actividad Universal*.

El método devocional tiene, pues, grandes ventajas, porque ofrece al corazón humano en lugar de una Ley árida y abstracta, concepciones tangibles que le permiten poner en acción sus actividades desinteresadas, de un modo más eficaz y seguro.

En primer lugar, «Karma» cede el puesto a un Dios personal. Y esto es muy justo, por-

(1) En inglés «Lavr» y «Lord» suenan lo mismo.

que «Karma», considerado *subjetivamente*, es tan consciente como vosotros y como yo. Luego, tenemos el «Hijo de Dios» encarnado, la más alta manifestación de la Divinidad—Una bajo *forma* humana. Todos nosotros somos manifestaciones de la Divinidad, puesto que en el Universo entero no hay más que ESTO. Únicamente varía el *grado* de la manifestación según la *forma* manifestante. Y la forma más elevada que pueda existir en el plano físico, aquella en que más se revela el Único, es la forma del *Hombre Perfecto*, del *Cristo*, del *Hijo de Dios*, o como dirá el Indo, del *Mâhâtma*, del *Maestro* (1). Tal es el Ser que la religión devocional nos ofrece como intermediario entre el Hombre y Dios, intermediario que no es ficticio ni simbólico, sino científicamente *real*, porque el hombre cuya conciencia llega al plano de *Atmâ*, se indentifica con la Divinidad, El *Maestro* es El que Está en el corazón de todo lo que existe. Sólo El, el *Idéntico* tiene derecho a decir: «Yo soy *Esto*, Mi Padre y yo somos Uno». «*Yo soy la vía...*»—Por este Hombre-Dios, por este ideal sublime, la religión devocional nos conduce a la misma actividad desinteresada, libertadora que hace poco realizaba el Sabio en el sendero de la abstracción, consagrándose

(1) El sentido que damos a la palabra «*Maestro*» está determinado con tanta claridad por lo que sigue, que nos parece inútil insistir en ello.

al orden, al bien impersonal, a la armonía universal.—«Consagraos al *Maestro*», nos dice la devoción. Y si sabemos Lo que es el Maestro, que su nombre sea Budha, Krishna o Jesús, sabemos a donde nos conduce, porque el Idéntico bajo todos sus aspectos no puede conducirnos más que al Unico: «Venid a Mí, dijo Cristo,... nadie llega al Padre sino por Mí.—¿Por qué Me decís: «Mostradnos al Padre?» Por el Hombre-Dios todos llegan a la vida.

«En nombre de Jesucristo nuestro Señor», así terminan todas vuestras oraciones litúrgicas. Pocos se detienen para reflexionar sobre el sentido de esta constante mediación que expresa una grande y profunda verdad. La religión nos manda que nos consagremos a un Ser concreto, semejante a nosotros en su aspecto humano. De aquí resulta que casi todos pueden concebir un Hombre de esta naturaleza, exaltación perfecta del hombre imperfecto, mientras que muy pocos son capaces de comprender una simple Ley, abstracta y desnuda. Este es el motivo por qué la religión, al proponer a los hombres la Imitación de un ser semejante, abre el camino a muchos que, sin ella, permanecerían mucho tiempo en las tinieblas. Y no podréis menos de notar que con esta devoción, consagrándose al servicio de Cristo, de Budha, del Maestro, sea el que sea, el fiel elimina gradualmente el egoísmo. No trabaja ya para

sí, no piensa ya en sí. Noche y día es activo sólo por el amor de su divino ideal. Y, al obrar de este modo, trabaja infaliblemente, y sin pensar en ello, por Dios mismo, por el Único, el Universal. Porque el hombre perfecto: Cristo, Budha o Krishna, no tiene más intereses en su vida que los intereses del Kosmos, ni otra voluntad que la «Voluntad del Padre.»

Si sois el representante de una causa que estimáis de veras y con la cual estáis identificados, sin que os preocupe ningún otro interés mundano, ¿no es evidente que todo aquel que se una a vosotros sin reserva, al servirlos, sirve vuestra causa, y quizás la sirva mucho mejor que él mismo pudiera hacerlo de un modo independiente? Siguiendo el sendero de la devoción trabajamos, pues, por la Causa Universal, por Dios; pero a través de un ideal concreto. Y este ideal es asequible a todos, porque es fácil tener siempre presente al divino Maestro, el mejor, el *amigo* más querido del corazón fiel. ¿No sentís regocijada vuestra alma cuando os esforzáis por servir a un amigo? ¿No se hace fácil la empresa más ardua? Del mismo modo la vida del discípulo ferviente es una vida de trabajo y de felicidad. Trabaja sin descanso y no piensa en la fatiga, y noche y día se sacrifica sin manchar jamás su alma con el pensamiento del «yo». La actividad ayuda a su crecimiento, el desinterés purifica su cora-

zón. He aquí realizada la doble condición que, hace poco, nos parecía tan difícil de cumplir.

Tal es el secreto del desarrollo del «Sí» por el método de la devoción concreta. El sendero de la abstracción está destinado a un corto número de personas. La mayor parte de la Humanidad debe, pues, consagrarse a un Maestro Perfecto: Cristo, Budha, Krishna, no importa cual; porque todos los *Maestros* son UNO en el plano en que la diversidad desaparece. Los que se llaman Sus discípulos en la tierra pueden llevar en la mano el hierro y el fuego y exterminarse mutuamente. No importa, repetimos. La paz de los mundos espirituales no podrá turbarse por su fanatismo y sus discor- dias.

He tratado de mostraros esta noche los dos principales puntos de vista en que podemos colocarnos para realizar prácticamente la *actividad desinteresada* que pone en lugar de nuestros intereses personales los intereses de lo Universal, y nos conduce gradualmente a identificarnos con El hasta llegar a la liberación final. Este método de purificación se llama en Sánscrito: «*Karma Yoga*», de «*Karma*», actividad, y de «*Yoga*» aplicación, preparación, unión. La «*Karma Yoga*» elimina el egoísmo, cualquiera que sea el procedimiento, abstracto o concreto, que uséis para practicarla. El resultado es lo que hemos llamado *Purificación*,

que es la primera etapa del Hombre en el sendero de la Perfección. Por aquí deben comenzar los que quieren cerciorarse *por sí mismos* de la realidad de los mundos trascendentes. Antes de dar este primer paso es inútil hablar de otra cosa: «Buscad primeramente el Reino de Dios y su Justicia, que lo demás se os dará por añadidura.»

Y esta actividad desinteresada es realmente la llave de la dicha en esta vida terrestre. Calma y fortifica nuestro espíritu, porque el pensamiento del «yo» es la más terrible de las distracciones. Mientras no se consiga este resultado, la meditación no puede producir sus frutos. La Verdad se revela con preferencia en un espíritu sereno y apacible; pero esta serenidad perfecta no puede alcanzarse sino conforme a la idea que he tratado de haceros comprender.

En cuanto a los que quieren ir más lejos, a su tiempo se les darán métodos de meditación apropiados, por lo que nada diremos de ello ahora. Lo primero que deben hacer es poner orden a sus actividades y darse bien cuenta de que han sido puestos aquí por los Señores del Karma, o por la Voluntad Divina; es lo mismo. Pero que han sido puestos aquí *porque tienen un Deber que cumplir*. Este deber puede ser vulgar, triste, penoso; pero es *su* Deber y deben cumplirlo con el corazón regocijado. Cumplien-

do su Deber para con el Maestro, o para con Dios, o para con el Universo, crecerán sin pensar en el crecimiento, hasta que llegue el momento en que los velos empiecen a caer por sí mismos. Tal es la única vía segura: el *Deber* antes que todo, el Deber sin el pensamiento del «yo». Así, el hombre que no tiene tiempo de leer un solo libro en su vida crecerá más de prisa y más armoniosamente que el que estudia a todas horas con el pensamiento egoísta de crecer.

Porque únicamente por la supresión del *egoísmo* es como podemos descorrer los velos de la limitación. El erudito egoísta está muy lejos de la verdad, mientras que el hombre sencillo que no ha tenido ocasión de leer, pero que ha hecho todo cuanto tenía que hacer sin pensar jamás en sí mismo, puede llegar al umbral mismo de la Divinidad. Penetraos bien de esta idea y poned manos a la obra para realizarla durante la vida. Es el primer paso para recibir las sublimes enseñanzas de los filósofos de la India. Por otra parte, si no estáis dispuestos a tomar valerosamente esta determinación, inútil será para vosotros todo cuanto después aprendáis.

FIN



